

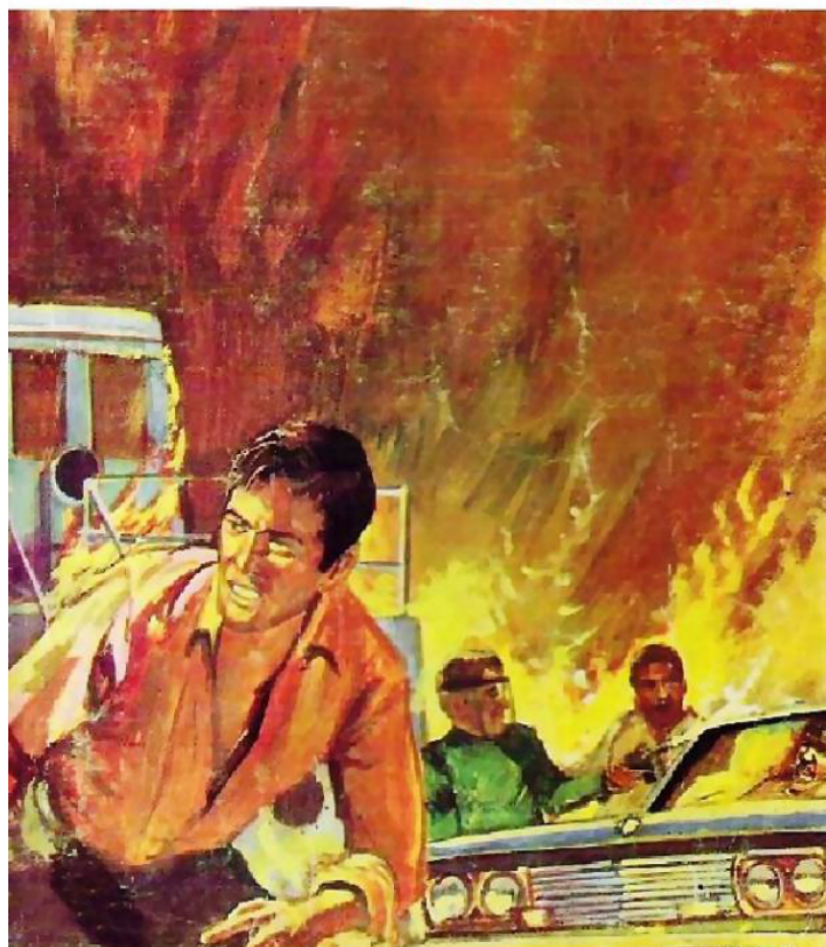
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

# un ataúd con ruedas

RALPH BARBY





# SS

## SERVICIO SECRETO







**RALPH BARBY**

# **UN ATAÚD CON RUEDAS**

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.324

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



**EDITORIAL BRUCUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO





ISBN 84-02-02513-7  
Depósito legal: B. 39.060 - 1975  
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1975

© Ralph Barby - 1975  
Texto

© Jorge Núñez - 1975  
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen  
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son  
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por  
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades  
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975





**OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección COLORADO:  
838. - La larga espera de la muerte.
- En Colección KANSAS:  
744. - El comisario rebelde.
- En Colección CALIFORNIA:  
881. - Buscando a un tramposo.
- En Colección BRAVO OESTE:  
585. - "Colt" a sueldo fijo.
- En Colección SERVICIO SECRETO:  
1.308. - Cadáveres a go-go.
- En Colección SALVAJE TEXAS:  
1.024. - Palabra de texano.
- En Colección PUNTO ROJO:  
656. - La Venus de los pies grandes.
- En Colección ASES DEL OESTE:  
647. - Los torturados de Nogan.
- En Colección BISONTE SERIE ROJA:  
1.351. - Más astuto que los coyotes.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:  
1.051. - Los rebeldes del pañuelo rojo.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:  
120. - La matanza del paso de Trout-Creek.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:  
85. - Una bala para un "Colt".



## CAPÍTULO PRIMERO

La noche en San Francisco era brumosa.

Ales F. Barclay cruzó el puente del Golden Gate sin prisas, sin revolucionar en exceso a su «Corvette» *sport*, atravesando con los faros aquella bruma demasiado fría para lo soleada y agradable que había resultado la mañana, en la que había estado bronceándose en un solárium natural.

Aquel viento del nordeste que había llegado a San Francisco había sido tan imprevisto como gélido.

A Alex F. Barclay no le gustaban los solárium artificiales, muy funcionales, aquellas piscinas con las lámparas de infrarrojos y ultravioletas colgadas en el aire para que pudieran ponerse morenos aún hallándose los bañistas en el subsuelo de un gran *parking*.

Todo era allí muy aséptico: agua clorada, lámparas antiparasitarias. No era fácil coger más enfermedad que la que pudiera contagiarle cualquiera que pasara por su lado, en especial una simple y molesta gripe, llegada de Hong-Kong como era de rigor.

Barclay vestía de riguroso *smoking* y así se presentó en la mansión Charlson, donde se daba una fiesta para celebrar la recuperación de las joyas robadas a los Charlson, rescatadas gracias a Alex F. Barclay, detective privado.

—¡Un buen trabajo! —le felicitó Charlson en persona, poniéndole la mano en el hombro y paseándole entre sus invitados hasta conducirlo ante una mesita cubierta con una gran urna de cristal.

Las joyas estaban allí, colocadas sobre un terciopelo negro sobre el que destacaban, especialmente, el oro que engarzaba los brillantes, esmeraldas y rubíes.

—Una fortuna en joyas —opinó Barclay.

—Que hubiera perdido de no encontrarlas usted. —Le respondió Charlson—. ¡Señoras, caballeros! —exclamó, demandando la atención general.

Las charlas se acallaron. Todos habían visto las joyas recuperadas, joyas admiradas y codiciadas, sumamente valiosas, pero muchos estaban allí, más que por las joyas, por fomentar las relaciones públicas, pues había gente de la prensa, el cine, el teatro, la literatura y las artes en general, gente que aprovechaba todas las fiestas para alternar, promocionarse e incluso algunos de ellos, pese al impecable *smoking*, para llenar sus estómagos vacíos, pues se hallaban cesantes o, según explicaban, descansando de tanto trabajo que les había provocado el molesto surmenaje.

De estos últimos, algunos habían acudido en una misma noche hasta a tres fiestas o reuniones, si en ellas no había suficientes canapés como para acallar los «run, run, run» de sus estómagos, que sonaban como motores «Ford» modelo cincuenta.

—Este éxito de la recuperación de las joyas robadas se debe a mi perspicacia...

Alex Barclay lo miró de reojo. Charlson, un hombre alto y magro, con sesenta años sobre sus huesos, prosiguió:

—Por haber contratado al mejor detective de California. Aquí lo tienen, Alex F. Barclay, de quien todos habrán oído hablar. ¡Un aplauso para él!

Ante aquella ovación convencional, Alex Barclay se sintió tan ridículo como un avestruz en el escenario del Metropolitan Opera House; no obstante, pensó que la publicidad no le iba nada mal, claro que lo más interesante era cobrar la minuta de aquel último trabajo.

Mientras, Charlson hablaba un poco más, especialmente de sus propios méritos y no los del detective privado, sobre cuyo hombro apoyaba su mano.

Alex se fijó en las mujeres que allí estaban. Las había de los más diversos tipos: jóvenes y no tan jóvenes, exuberantes y delgadas como un alambre. Ni lo uno, ni lo otro... A Alex le gustaban en su justo medio, es decir, como una chica que vestía de color esmeralda, un vestido muy «mini» pese a que ya no estaba de moda.

Pero la chica tenía buena anatomía y se había propuesto mostrarla a los ojos de quienes quisieran contemplarla. Era pelirroja

y lucía un collar que se cerraba sobre su busto, una especie de serpiente que se mordía la cola.

—Y ahora, le entrego el cheque. Tome, Barclay, se lo ha ganado cumplidamente.

Alex, alto, ancho de espaldas, escurrido de caderas, de cabello cobrizo abundante, podía decirse que sin peinar, cayéndole sobre la frente a mechones lacios y sobre el cuello del *smoking*, sonrió y tomó el cheque, dándole un vistazo.

Charlson esperaba que le diera las gracias, pero Alex, comprobando que en el cheque no había un solo dólar más aparte de lo estipulado, se lo guardó y dijo después:

—Ya lo sabe, Charlson: si vuelven a robar sus joyas, llámeme, pero que sea pronto.

—¿Pronto por qué?

Se hizo un gran silencio, esperando la respuesta del detective.

—Por eso de la inflación de la vida, seguro que le tendré que cobrar más caro por mi trabajo.

—En ese caso, espero no tenerle que llamar nunca más.

—Será una pena para mí, porque no podré asistir a una de sus brillantes fiestas. ¿Puedo saber cuánto le ha costado esta reunión?

—¿Por qué?

—Nada. Seguro que le cuesta cuatro veces más de lo que me ha pagado a mí, y yo me he jugado el pellejo.

—¿Se queja del cheque? ¿No es lo acordado?

—Oh, sí, claro, pero siempre me quedo perplejo ante el dinero que se regatea al que trabaja, al que se juega la vida, como yo en este caso, y luego con qué facilidad el mismo individuo que regatea se lo gasta tontamente en una sola noche.

—Me temo, señor Barclay, que no está usted muy amable esta noche.

—Será la lima. Cuando está redonda, muy redonda, me vuelvo hombre lobo y por eso estoy que muerdo. Fíjense.

Al pasarse las manos por la boca, dejó al descubierto unos grandes colmillos artificiales que provocaron un aplauso, y lo que había sido una denuncia, el propio Barclay lo transformó en una broma general.

Sonó la música y la bebida se repartió con mayor prodigalidad.

Alex se encontró frente a unos ojos verde esmeralda, unos ojos

que no había visto bien a distancia.

—Creo que Charlson no volverá a contratarle; le ha dejado mal delante de todos, aunque nadie diga nada ahora.

—Encanto, si yo fuera la serpiente que te rodea el cuello, puedes estar segura de que no me mordería la cola.

—¿Ah, no? ¿Qué mordería entonces?

—Lo que están mirando esos ojillos de rubí que tiene la serpiente de oro.

La belleza pelirroja sonrió al mirar hacia su propio escote.

—No es de oro, sólo es chapada. Yo no tengo dinero.

—Qué raro. Creí que aquí todo lo que relucía era oro. ¿Cómo se te ocurre confesar la verdad? —preguntó, con una copa de champaña en la mano, cogida al vuelo mientras pasaba un camarero por su lado. La chica ya tenía su propia copa.

—Porque tú no eres uno de ellos.

—¿Tú sí?

—Yo soy una *starlett* que busca empleo. En estas reuniones siempre hay gente importante que muerde el cebo.

—Con un cebo como tú, yo también mordería.

—Caramba, Alex, estás muy mordedor.

—Ya te he dicho que me vuelvo hombre lobo.

—Resulta que no estamos en luna llena.

—Ah, pues se me había pasado. Da lo mismo: delante de algo tan estupendo como tú es como si fuera luna llena; también me someto a la mutación licantrópica.

—¿Lica qué? —preguntó extrañada.

—Quiero decir transformación en hombre lobo. Oye, preciosa, como ya he cobrado y no tengo que reírle las gracias a nadie, y, además, me pirro por quitarme el *smoking*, me voy a marchar. ¿Te vienes conmigo?

—Caramba con el detective privado; quieres ligar muy pronto, ¿no crees?

—La vida es para vivirla una sola vez, y como ejerzo una de las profesiones más arriesgadas, debo aprovechar el tiempo.

—Lo siento, Alex. Me gustaría ver cómo te sienta el pijama, pero no esta noche. Ya te he dicho que busco trabajo.

—Si lo que te hace falta es un buen «trabajo», líbrate de llenar tus tripitas con canapés de caviar iraní y vente conmigo. Te invito a

un coquetón restaurante del Muelle del Pescador.

—No, trabajo-trabajo ya tengo, pero es de modelo publicitaria. Ya sabes, un jabón en la mano, una cerveza en la boca, un rollo de papel higiénico en la otra mano... Yo quiero otra cosa.

—Desengáñate: sois demasiadas las que queréis otra cosa. No es que dude de que tú valgas, pero hay mil chicas por cada oportunidad.

—Pues yo lucharé por esa oportunidad.

—O.K., es tu guerra, pero si quieres descansar entre batalla y batalla, llámame. Te aseguro que te haré una investigación a fondo por cuenta de la casa.

A Alex Barclay le hubiera gustado arrancar a aquella preciosidad de la fiesta. No es que fuera la única, había otras, pero él se había fijado en ella precisamente, quizá porque la chica le había abordado saliéndole al paso.

Sabía hasta dónde era bueno insistir con una mujer, por lo que decidió pasar la noche solo; también él tenía derecho a descansar. Insistiendo excesivamente con una mujer corría el riesgo de quedar como un pesado si ella no aceptaba, o ser ella quien quedara luego y para siempre convertida en una pesada si es que aceptaba...

Según Alex, las mujeres no acababan de comprender demasiado la ansiedad de un hombre en determinados momentos y después le pedían esa misma ansiedad por el resto de sus días, y eso no había quien lo aguantara.

Cómodamente, en su «Corvette» color azul metalizado, se alejó silbando hacia su apartamento. Se olvidó de Charlson, de la pelirroja de los ojos verdes y se preguntó para sí: «¿Quién será mi próximo cliente?».

Estaba muy lejos de imaginar que el cliente surgiría aquella misma madrugada, e iba a encomendarle uno de los casos más extraños de su vida.

Tendido panza arriba, con los brazos abiertos en su cama, que había sido escogida ancha el día de la compra para no limitar posibilidades de uso si éstas se presentaban, sacudió la cabeza al escuchar el timbrezo.

Estiró su mano tratando de detener el despertador, pero el timbre insistió.

Miró el teléfono con odio. Era un teléfono rabiosamente rojo y

pensó que lo había escogido de aquel color para tenerle aversión cada vez que se sintiera de mal humor.

Según le había contado un psiquiatra, el rojo provocaba la violencia. La verdad es que él no había sentido jamás violencia hacia el rojo, pero, por si acaso, ya estaba preparado.

Bostezó y, con voz ronca, como si se hubiera chupado una botella de ginebra como si se tratara de un biberón, respondió:

—Diga. ¿Quién es? ¿No se habrá equivocado? Yo no soy bombero, ni profesional, ni voluntario.

—Un chiste muy malo, Barclay. —Le respondió una voz varonil, un tanto aguda, al otro lado del hilo.

—Está bien. Pero usted me ha despertado. ¿Qué chiste bueno quiere que imagine ahora?

—No quiero un chiste, sino sus servicios, Barclay. Deseo contratarle.

—¿Contratarme? Ah, pues pásese mañana en la mañana por mi despacho, pero no muy tempranito. Mañana celebro el día de llegar tarde al trabajo.

Y colgó.

Apenas había cerrado los ojos cuando el teléfono volvió a sonar insistente.

—¡Vete al cuerno! —exclamó sin descolgar.

El tipo resultó más pesado de lo que sospechara, y al final descolgó, pensando que era mejor atender la llamada que tener que visitar al día siguiente al otorrinolaringólogo para que cuidase de sus tímpanos.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Tanta prisa tiene? ¿Acaso le han robado los calzoncillos y está en la calle sin la llave de su apartamento?

—No. Estoy precisamente donde usted ha dicho que esté.

—¿Y dónde he dicho yo que esté? —inquirió, parpadeando perplejo.

—En su despacho.

—¿En mi despacho? Pues no le abriré la puerta hasta mañana cuando llegue.

—No hará falta, Barclay. Le llamo desde su propio teléfono. La verdad es que tiene una cerradura muy mala. Con el cheque que le han dado esta noche podría comprarse otra mejor.

Y la voz del otro lado del hilo se rió cínicamente.

Barcley colgó y brincó en la cama. Ya en pie, con los pulgares de sus pies levantados, como si éstos se negaran a ser calzados, gruñó:

—¡Por todos los demonios, tenía que tocarme un listillo!

## CAPÍTULO II

Observó la cerradura. Había sido violentada, pero con bastante limpieza. Se introdujo en su oficina, cruzó la antesala y se dirigió a la puerta del despacho, tapizada en cuero auténtico y tachonada con acero inoxidable.

Por debajo de ella salía luz, poca pero luz al fin y al cabo. Empujó la puerta y se dirigió a su mesa escritorio. Al otro lado de la misma, un hombre ocupaba su butaca personal de alto respaldo, bien acolchada, con ruedas y giratoria. Una butaca por la que sentía cariño, pues se encontraba cómodo en ella.

Se sintió escrutado por las pupilas irónicas de un hombre joven que por toda luz tenía la de la mesa, es decir, una luz que iluminaba especialmente los papeles que había sobre el escritorio.

Los ojos de aquel sujeto rubio, tirando a pelirrojo, brillaban especialmente. Era joven y delgado, de quijada larga y dientes prominentes. Su nariz era ganchuda y podía ser que descendiera de judíos o palestinos.

Alex F. Barclay abrió la caja de los cigarrillos y tomó uno. Se sentó en el borde de la mesa y asió el gran mechero, grande y pesado, prefiriéndolo al de su uso personal.

Dejó escapar la alta llamita de gas con la que encendió el cigarrillo, que comenzó a humear.

—¿Se da cuenta de que podría acusarle de allanamiento de morada?

—Lo sé, pero usted no va a denunciar a uno de sus mejores clientes.

—¿Quién ha dicho que usted sea mi cliente? —preguntó Barclay, abiertamente hostil hacia aquel individuo joven y algo extraño, pues tenía facilidad para reír en forma estúpida, o quizá no tan estúpida.

Era como si tuviera pensamientos que le divirtieran por los

sádicos, aunque podía ser prematuro calificarlo de psicópata.

—Tengo dinero para pagarle.

—Eso es bueno, pero no es el todo. Afuera tengo un rótulo de «reservado el derecho de admisión».

—¿No trabaja para negros, para chinos acaso? —Trató de burlarse, sarcástico, el hombre que ocupaba la butaca personal del detective.

—No soy segregacionista, me refiero a razas, claro, pero si un tipo me cae mal, no trabajo para él.

—¿Por mucho dinero que tenga?

—Sí, por mucho dinero que tenga —recalcó—. Aún no mendigo a nadie una hamburguesa.

Aquel hombre de cabello rubio oscuro o rojizo, según la luz que reverberaba, se rió nerviosamente.

—Sé que no se ocupa de asuntos de faldas, celos, divorcios.

—Exacto. Los asuntos amorosos no entran en mi agenda de trabajo.

—Por eso estoy aquí, detective Barclay. Mi asunto es muy serio y le pagaré bien. No tendrá que hacer ironías como ha hecho con Charlson cuando le ha entregado el cheque de sus honorarios.

Alex lo observó con fijeza a través del humo de su propio cigarrillo. No le miraba el rostro, trataba de ahondar en el interior de su cráneo.

—¿Ha estado en la fiesta Charlson?

—Esta noche he hecho muchas cosas, muchas.

—¿Cómo qué, además de acudir a la fiesta de Charlson?

—Se interesa, ¿eh? —Y volvió a reír.

—Oiga, estoy cansado, va a amanecer de un momento a otro. Me ha reventado la noche. ¿Qué se trae entre manos?

—No gruña; verá cómo el caso le interesa más de lo que imagina.

—Cada vez lo dudo más.

—Esta noche he matado a una persona.

—¿Asesinado a una persona, quiere decir? —repitió, con asombro.

—Exacto.

—Entonces no le hace falta un detective privado, sino un abogado. Puedo recomendarle alguno si tiene lo suficiente como

asegura para pagar su minuta.

—Ya lo creo que sí. Me llamo Robert, pero todos me llaman Bobby.

—¿Bobby? Eso suena a chucho. ¿Ladra bien?

—Muy gracioso. Pero detrás de Bobby tengo el apellido de Halfeter.

—¿Halfeter, de Noah S. Halfeter?

Volvió a reírse, ahora muy satisfecho, como regodeándose.

—Sí, el viejo y multimillonario Noah es mi padre.

—De modo que Bobby Halfeter...

—Sí. Le interesa, ¿verdad? ¡Dígalo de una vez!

—¿Y asegura que ha cometido un asesinato? —preguntó, más pensativo que interrogador.

—Se lo digo a usted secretamente porque es mi detective privado. Le pagaré sus honorarios habituales más cincuenta mil dólares si al final resuelve el problema.

—El cebo no está mal, pero ¿cuál es el problema?

Si el asesinato está cometido, ya no es incumbencia mía. La policía se va a pegar a sus talones y tendrá problemas. Yo mismo deberé descolgar ahora el teléfono y llamar a la policía.

—Yo lo negaría, por supuesto. Ah, quiero advertirle que he desconectado su magnetófono camuflado por si quería grabar esta conversación oprimiendo cualquier resorte secreto que pusiera en marcha el aparatito.

—De modo que ha estado revolviendo entre mis cosas.

—Qué remedio. Me gusta asegurarme. Pero si le rompo algo, prometo indemnizarle por ello; no soy un bárbaro.

—Entonces, no comprendo lo del asesinato. ¿A qué viene todo esto? ¿No me estará contando una historieta? ¿Le ha dejado su chica esta noche?

—Lo que le digo es cierto. Soy Bobby Halfeter, chico mono sin problemas económicos, licenciado en Derecho por Harvard. Como veré, no necesito contratar a ningún abogado.

—Además, tendrá a su disposición todo el pelotón de abogados que mantiene su papá en Industrias Reunidas Halfeter.

—Eso es.

—Bien, pues si ha matado a alguien, ¿por qué viene a contármelo a mí, por qué no se lo explica a un psiquiatra? Es lo más

fácil y le entendería mejor que yo.

—¿Insinúa que estoy loco?

—¿Hay otra explicación para su actitud? Dígame a quién ha asesinado y cuál ha sido el motivo, puesto que el dinero no le falta. Su padre le puede mantener hasta el más caro vicio de drogas.

—No soy un drogadicto, y el motivo es algo que tendrá que averiguar usted, Barcley. En cuanto al nombre de la víctima, lo sabrá mañana; pero eso no es lo difícil.

—¿Qué es lo difícil, entonces?

—Averiguar a quién no voy a matar.

Alex dio una chupada más larga al cigarrillo. Necesitaba tiempo para pensar o iba a ser él quien tuviera que llamar al psiquiatra para que le diera hora.

—¿Ha dicho a quién no va a matar?

—Correcto, detective Barcley. Su oído funciona perfectamente.

—Verá, me temo que será el sueño que carga mi cabeza... ¿Qué le parece si llamo a su papá para que envíe a unos cuantos de sus matones finos y educados para que pasen a recogerlo?

—Es usted muy irónico, pero, además, demasiado escéptico e incrédulo.

—Cuando me cuentan historietas como las que tú me explicas —replicó, apeándole el tratamiento de usted—, no suelo ser muy crédulo.

—Lo que le digo es cierto: he matado a una persona.

—Si tanto te empeñas en afirmar eso, llamaré a la policía. Ellos determinarán si te conviene una habitación con rejas y servicio incluido o una habitación acolchada y con enfermeros por celadores, también con servicio incluido, por supuesto, y bien tratado, pues de eso se encargarían los dólares de tu papá.

—Le voy a contar cuáles son las reglas del juego. Verá como son divertidas.

—¿Ah, sí? —repuso, aplastando la colilla del cigarrillo que ya se había fumado.

Consultó su reloj. Iba a amanecer de un momento a otro y aquel tipo continuaba en su despacho, pero era demasiado importante para darle una lección normal. La lección, en su caso, tenía que ser muy suave o muy dura.

—Van a morir cinco personas. Yo sólo mataré a cuatro y usted

tendrá que averiguar cuál de las cinco es la que yo no he matado.

—Si yo fuera tu padre, te llevaría al mecánico para comprobar qué tornillo de tu sesera se ha aflojado. ¿Dices que vas a matar a cuatro, pero que son cinco, y yo tengo que averiguar cuál es la que no has asesinado tú?

—¡Sí!

Y se rió en forma casi histérica, divertido y esponjado de satisfacción.

—Como broma creo que es suficiente. Además, cada día muere gente asesinada en San Francisco. Es fácil atribuirse crímenes que uno no ha cometido, pero a veces es peligroso. Los ha habido suficientemente imbéciles como para auto acusarse de un crimen siendo inocentes y el jurado, que no es infalible, ha terminado condenándoles. De todos modos, olvidaré lo que he oído; será más cómodo para ambos.

—No, detective Barclay. Yo no quiero que lo olvide. Cada vez que haya un muerto, le daré una pista para que lo relacione conmigo. Usted investigue, y si al final averigua cuál es la persona que yo no he asesinado, premio: usted cobra.

Y volvió a reírse, pero esta vez se levantó de la mesa, rodeándola, y se acercó a Alex para advertirle:

—Si va a contarle algo de esto a la policía, lo negaré, lo negaré con todas mis fuerzas. Es más: exigiré a mi padre que le demande para que le quiten su licencia y no pueda ejercer más en California. Ah, pásese por la Morgue. Puede que allí encuentre algo que le interesa. Será el principio de su investigación.

Y se alejó hacia la puerta, riendo, seguro de sí mismo.

Alex F. Barclay le vio marchar. Se sintió cansado y no tuvo deseos de ir tras aquel joven cínico psicópata en potencia. Todo parecía una solemne estupidez.

Tomó otro cigarrillo, lo encendió y miró el teléfono.

Sabía de memoria los guarismos de la Morgue, pero se dijo que no sabía qué preguntar en concreto. Las pistas que le diera Bobby Halfeter eran demasiado simples como para tenerlas en cuenta.

Abrió un armario, dentro del cual había una cafetera automática y eléctrica disimulada y la puso en funcionamiento.

La luz de un nuevo día se fue filtrando por la ventana a través de la persiana de aluminio flexible. Se había tomado cinco cafés

seguidos cuando decidió avisar al cerrajero.

Como esperaba, le contestó el automático. Grabó su petición de que pasaran a solucionar el problema de la cerradura colocándole la mejor que hubiera en el mercado, advirtiéndole que dejaría la puerta pegada con cinta adhesiva y que posiblemente no le encontrarían en su oficina. Que la nueva llave la dejaran en la conserjería del edificio de oficinas.

Con el rollo de cinta adhesiva transparente metido en su dedo, a modo de anillo, salió del despacho. Pegó la puerta con la esperanza de que nadie la empujara con fuerza y después fue en busca de su coche.

El «Corvette Sting Ray» coupé, color azul metalizado, le aguardaba con su motor de ocho cilindros todavía caliente.

Colocó la primera y ruidosamente se dirigió a la Morgue. En la ciudad no podía pasar de los noventa y cinco kilómetros, velocidad que ya daba de sí aquella primera marcha.

En la Morgue le conocían, lo mismo que a otros detectives privados de la ciudad que siempre andaban husmeando por aquel lugar que olía más a desinfectante y a humedad que a cadáver, pues disponían de un buen congelador.

Había soltado mucha pasta en aquel lugar buscando información en anteriores ocasiones.

Tenía amigos y uno de ellos salió a recibirle con su uniforme de trabajo.

—Muy madrugador, detective Barclay. ¿Busca algún cadáver en especial?

Era sorprendente cómo trataban a los muertos aquellos profesionales, cómo podían sorber un jugo de tomate junto a un cuerpo ensangrentado al que tenían que lavar si así se requería.

Alex pensó que eso no lo soportaría su estómago. Hundió las manos en los bolsillos de su pantalón y respondió:

—Parece que sufro de insomnio y no me da la gana convertirme en un pildorómano. Claro que sería mejor ir a pasear por un parque público. Es lo normal. Pero a estas horas están cerrados. En fin, a mí me gusta más pasear por otros lugares.

—¿Por la Morgue, por ejemplo?

—¿Y por qué no? Anda, muéstrame los últimos ejemplares recibidos.

—En la Morgue siempre hay buena pesca para los que quieren meter la nariz en asuntos ajenos. Venga, detective Barclay.

El empleado tomó un portafichas y condujo a Alex al depósito de cadáveres.

—Tenemos seis muertos por accidente de circulación, un alcohólico que ha muerto en plena calle y dos homicidios.

—Comencemos por los homicidios.

—De acuerdo. Ahí está el primero. Nombre todavía desconocido; edad aproximada, sesenta años. No era drogadicto, pero se le supone vendedor de estupefacientes; por lo menos es lo que he oído comentar a la policía.

—¿Ajuste de cuentas?

—Eso parece. Tres puñaladas: dos en el estómago y una en la espalda.

—Ataque entre dos, cuando menos. El tipo no tuvo escapatoria. Un viejo ratón menos en la calle. ¿Y el otro?

—Una mujer. Hace tiempo fue prostituta. Edad aproximada, cincuenta años. Se dedicaba al cuidado de sus *girls*. La desplumaron, le quitaron hasta la última joya. Por lo visto, los fulanitos de sus *girls* le tenían el ojo echado y la alcahueta debió sorprenderles robando. La han estrangulado con el cordón del teléfono. Había marcado ya el número de la policía, pero cuando los agentes llegaron, los pájaros habían volado, llevándose cuánto pudieron.

—Y las desconsoladas *girls* estarán hoy de mudanza, como diría algún periódico. ¿Qué hay más? Veamos los accidentados. Esto parece hoy bastante aburridote.

—Sí, la sociedad ignora que los verdugos de la gente del hampa suelen ser miembros de la propia hampa y no la justicia, como se supone.

—Sí, el mundo del hampa es el mundo de las ñeras sin la careta de la hipocresía.

—¿No cree en la bondad de los seres humanos, detective Barclay?

—Amigo mío, la excepción no hace la regla, sino que la confirma. Eh, eso es una mujer, ¿no?

—Por las formas, así es. Se llama Inger —dijo, mirando el fichero.

El cadáver aparecía cubierto por una sábana.

—¿Mala conductora?

—Eso parece. Se ha despeñado por un acantilado. Tiene múltiples heridas que le han causado la muerte. Ya sabe: polifracturas, cortes, etcétera. Aunque la policía cree que pudiera tener heridas que no pertenecen al accidente; pero es sólo una ligera sospecha.

—¿Y por qué sospecha tal cosa la policía?

—Porque la chica se ha despeñado con un coche que había sido robado horas antes y cuyo robo había sido denunciado a la policía por teléfono.

—Vaya. El caso de una joven que ha querido vivir su vida.

—Eso parece, y era muy hermosa. Creo que funcionaba bien como modelo publicitaria.

—¿Modelo publicitaria?

Alex Barclay sintió como un alfilerazo en su estómago y, sacando del bolsillo una de sus manos, tomó una punta de la sábana y la levantó para descubrir el rostro, un rostro que reconoció de inmediato.

Tenía los ojos cerrados, pero estaba seguro de que debajo de aquellos párpados había unas pupilas verdes.

—¿La conoce? —preguntó el hombre de la Morgue.

—¿Dice que se llamaba Inger?

—Sí, Inger Shorina.

El rostro mostraba huellas del trágico despeñamiento del automóvil dentro del cual iba la bella pelirroja.

—¿Tenía un collar que era una serpiente mordiéndose la cola?

—Sí, un collar muy original, pero bisutería fina, ni siquiera de oro, sólo imitación.

—Lo sé —respondió, con el ceño fruncido—. Ayer noche hablé con ella en una fiesta. Quién iba a pensar que volvería a encontrarla en la Morgue.

—La vida es así, usted lo sabe bien.

—Sí, lo sé. —Gruñó, conteniendo dentro de su estómago toda la ira que deseaba vomitar por entre sus labios.

Sabía bien que no debía hablar en exceso, puesto que aquel empleado de la Morgue, lo mismo que le decía cosas a él, se las contaría luego a la policía, y si ésta investigaba la muerte de Inger Shorina, no debía irse de la lengua hasta obtener pruebas.

Todo aquello podía ser o terminar en una trampa fatal *para* él. Halfeter tenía poder, mucho poder, y si cometía un desliz, le quitarían la licencia tal como amenazara su hijo.

Un detective debía andar con botas de buzo, asegurándose bien en la tierra, puesto que en su profesión estaba condicionado a cometer muchos deslices. En ocasiones, podían llevarle a una felicitación, pero en otras, ante una Corte en la que no sólo podían retirarle la licencia, sino incluso encarcelarlo.

Un policía hábilmente untado de dólares podía seguir los pasos de un detective privado hasta terminar con su carrera. Le bastaba con aguardar a que cometiera uno de aquellos frecuentes deslices en la profesión, siempre o por lo menos casi siempre hechos con buena intención.

—Parece que le ha impresionado la muerte de su amiguita.

—Siempre que se rompe algo hermoso me disgusta, pero si lo hermoso es una mujer, lo soporto peor. Por cierto: ¿dónde fue robado el coche en que se ha despeñado la modelo?

—Eso pertenece al *dossier de la policía*, pero creo que el coche era propiedad de un tal Halfeter. Uno siempre tiene los oídos abiertos para ayudar a los amigos.

—Sí, claro.

Sacó unos billetes y se los metió en el bolsillo de la bata corta.

Salió del edificio con el entrecejo fruncido. Ahora ya sabía algo importante: Bobby Halfeter no le había engañado.

Si aquel tipo no era un loco homicida en potencia, es que tenía un plan muy retorcido en su mollera, un plan que Alex P. Barclay se juró abortar, aunque los gastos fueran por cuenta de la casa, es decir, de su propio bolsillo.

## CAPÍTULO III

Era preciso poseer un buen coche para circular por las calles de San Francisco, en especial si se tomaban las vías de asfalto que ascendían a las colinas.

Gracias a la potencia de su «Corvette», Barclay sorteó a los otros automovilistas con facilidad. Rodó por Market Street y tomó después Castro Street para dirigirse al distrito de Mission, lugar privilegiado, pues escapaba al salobre perpetuo de las calles bajas de San Francisco, al barrio de pescadores o al Chinatown.

Enfiló por la Douglas Street y frente al Douglas Playground, se salió de la calzada para subir a la acera y detenerse ante una verja que aislaba a una de las mansiones allí ubicadas.

Hizo sonar su claxon. La calle estaba tranquila.

Tras la verja aparecieron dos vigilantes uniformados. Uno de ellos sujetaba la cadena que apresaba el cuello de un gran danés negro que mostraba sus fauces al intruso que había tenido la osadía de tocar el claxon.

—¿Qué busca aquí? —le preguntó, desabrido, el vigilante que no tenía perro, quizá porque se había mirado al espejo y había determinado que con la cara que poseía no lo necesitaba.

—Quiero hablar con su patrón.

—¿Tiene hora de visita?

—¿Acaso es dentista? —inquirió, sacando la cabeza por la ventanilla.

Alex había pensado que si salía del coche y le soltaban el perro, iba a tener problemas. Era más seguro estar protegido por la plancha del potente «Corvette» ocho cilindros.

Los dos guardianes se miraron entre sí, como preguntándose si el recién llegado era un guasón o quería gresca.

—Largo —resolvió ordenar el vigilante que le había hablado, pues su compañero no había despegado los labios.

El perro semejó entender la palabra, pues dio tres ladridos seguidos que sonaron como claxonazos de camión.

—Oigan, díganle a su patrón que estoy investigando el robo de su coche.

—¿El robo de qué coche?

—Dígselo o voy a comenzar a tocar el claxon hasta que se presente la patrulla —amenazó Alex.

Los dos vigilantes quedaron algo desconcertados y uno de ellos, el que había hablado, fue a su garita. Debió de hablar por un interfono y luego reapareció para franquear la entrada.

Alex, satisfecho, hizo adelantar su automóvil. Delante de él, ya en el interior de la finca, vio una guía de hierro plagada de cuchillas afiladas que impedían el paso de automóviles.

—¿Qué les parece si quitan ese choriceador de neumáticos?

—Ahora lo bajo. Usted siga sin detenerse hasta el porche. ¿Lo entiende?

—Creo recordar que pasé de la secundaria, luego no soy cretino completo. Por cierto: ¿ese chucho muerde?

Antes de que le respondieran, dio gas al motor y arrancó hacia delante.

Pasó por encima de las cuchillas justo, cuando éstas se habían hundido por la acción de un mecanismo electrónico.

Subió por una vía de asfalto con dirección única que rodeaba el jardín y había otra vía de descenso.

La mansión, que debía de haberse comenzado a edificar hacía mucho tiempo, había sufrido reformas que habían herido el estilo, pero añadido confort.

El lugar era bello y espacioso. No era fácil encontrar algo similar en San Francisco, aunque en el distrito de Mission no era la única mansión.

La casa tenía tres pisos escalonados con amplias terrazas y una especie de torreón desde donde podía dominarse la bahía como lugar de observación. Quizá tiempo atrás algún habitante de aquella casa vigilaría el tráfico de los buques en la bahía.

El porche era amplio y el hombre que salió a recibirle, muy alto. Hacía calor, pero aquel sujeto vestía impecable chaqueta gris oscura y camisa nívea.

—Oiga, ¿es usted miembro de la familia o un simple

guardaespaldas?

A aquel tipo no le gustó demasiado la forma de preguntar de Alex, pero como desconocía la actitud del viejo Noah S. Halfeter hacia el recién llegado, prefirió callar lo que pensaba y respondió:

—Sígueme, pero antes...

—¿Antes qué? ¿Va a preguntarme si voy armado?

—¿Es usted policía?

—Soy varón, blanco y tengo dos piernas. Esto último no lo dice mi tarjeta de identidad, pero las tengo. Vamos, ¿me lleva a presencia de su patrón?

—Periodista, ¿verdad? —afirmó más que preguntó, con mucho asco en su expresión, mientras cerraba los puños, como deseando achatar la nariz de Alex Barclay en una cirugía estética a lo vivo y en forma contundente.

Alex adivinó que aquel sujeto había aprendido a bailar en un *ring* entre doce cuerdas y no en los brazos de Raquel Wells.

—¿Hay interrogatorio previo, tengo que llenar un cuestionario? Le advierto que escribo lento y se nos hará tarde.

—De acuerdo. Quiere pasarse de listo, pero a Patterson no se le toma el pelo fácilmente, amigo.

—Ya, entonces, usted es Patterson. ¿Cómo se llama el chucho de la puerta? Es para ir conociendo a la familia.

—Espero que tenga suerte cuando abandone esta casa; de lo contrario, podría tener problemas, muchos problemas.

—Entiendo. Quiere decir que si su patrón dice que molesto, usted tiene carta blanca para practicar *punch* conmigo. Pero como aún no sabe cómo me va a recibir su jefe, ignora si puede pegarme o no.

—Es cierto, cretino no es. —Hizo una pausa significativa—, todavía, porque yo los he visto que se han vuelto cretinos después de recibir unos golpes en la cabeza.

—Es verdad, muchos boxeadores se quedan tontos. ¿Ha sido usted boxeador? Es que se le nota —dijo, sabiendo que a partir de aquel instante se había ganado la total antipatía de Patterson, un gigante de dos metros de estatura y cabello cortado al estilo «marine».

Hubiera hecho buen papel como sargento, sometiendo a los reclutas.

Patterson le hizo rodear la casa y le condujo junto a la piscina, donde había varias mesas y unos parasoles.

El lugar era hermoso.

Tendida en una hamaca muy cerca del agua, tan cerca que con estirar su mano la podía tocar, había una mujer en mini-bikini.

Tenía el cabello largo y negro, ojos ardientes y unas formas anatómicas espléndidas.

Aquella venus sonrió a Alex, aunque éste miró a Patterson y se preguntó si aquella fémina de tan buen ver y de tan buen tocar le sonreía a él o al arisco y amenazador guardaespaldas.

Ante una mesa, leyendo un pliego de documentos y ayudado por unas gafas de grueso cristal, había un viejo, por lo menos eso se deducía de sus cabellos canos y sus carnes colgantes y fofas.

Vestía una camisa de colores y pantalón blanco, y lucía una cuidada barba de chivo. Los dientes que conservaba eran largos y afilados.

—Señor, Halfeter, éste es el hombre que dice investigar el robo del coche.

Alex Barclay miró a Noah S. Halfeter, el cual no había parecido prestar la más mínima atención a su llegada, pese a que sus pasos crujían.

—Ah, sí, usted es...

—Barclay, Alex F. Barclay.

—¿Policía? —inquirió con voz grave y algo cansada, como si no concediera a Alex más importancia que a un moscardón que estuviera revoloteando por allí.

—No.

—¿En qué estación de policía está?

—Le he dicho que no soy policía.

—Ah, sí, perdone, tengo tantos problemas en mi cabeza... Me hago viejo, los años no pasan en balde, señor Barclay.

—Por lo menos se ha aprendido mi nombre.

—Sí, pero es posible que dentro de un minuto ya no lo recuerde. Suelo olvidar el nombre de las personas insignificantes.

—Gracias —respondió con aplomo y algo de ironía.

—¿Y por qué dice que está investigando el robo del coche de mi hijo?

—La verdad, ignoraba que el coche fuera de su hijo.

—Oiga, ¿pretende tomarme el pelo? Tengo poco y blanco. —Se rascó la cabeza, le miró a través de los cristales como para impresionar la faz del detective en su cerebro y luego se quitó las gafas—. ¿Qué busca usted aquí, se da cuenta de con quién está hablando? Mucha gente aguarda meses y meses para que yo le conceda unas palabras.

—Lo sé, pero si está hablando conmigo es porque le interesa. Parece que su hijo, me refiero a Bobby, anda metido en problemas.

—El que alguien le haya robado el coche no significa que él tenga problemas. ¿Es usted de la Prensa?

—Me ha dicho que no —aclaró Patterson.

—Soy detective privado y si investigo el robo del coche de su hijo es porque dentro del vehículo ha muerto una amiga mía que se llamaba Inger.

—Conque investigando la muerte de una vulgar ladrona de coches. ¿Quién le ha contratado, el amante de la chica?

A Alex le molestó la forma despectiva de hablar del multimillonario respecto a Inger.

—No.

—¿Secreto profesional?

—Verá, como no me han pedido que lo guarde y usted es el padre de mi cliente...

—¿Qué yo soy el padre de su cliente?

—Bobby es su hijo, ¿no?

—Sí, Bobby es mi hijo y Jennie, mi hija.

—Y yo me llamo Alice y soy su segunda esposa —explicó la mujer del bikini.

—Bien, el detective privado ya conoce a la familia, pero eso es fácil, cualquier persona de la *high life* podría decírselo:

—Es cierto, yo mismo podría haberlo averiguado si no anduviera mal de sueño y no me hubiera dado tanta prisa en venir a verle.

Halfeter balanceó sus gafas entre los dedos, suspiró y estiró las piernas que debían de ser muy flacas dentro de los pantalones. Posiblemente, el médico lo mantendría a régimen para evitar alguna apoplejía que se lo llevara a la tumba.

—Patterson, busca a Bobby y dile que venga.

—Enseguida, señor Halfeter.

Patterson lanzó una mirada a la señora Halfeter, pero ésta no le

observaba a él sino a Alex F. Barclay y en forma harto complacida. Colocó su figura sobre la hamaca haciéndola más provocativa sin que lo advirtiera el viejo Noah.

—No sé lo que ha pretendido mi hijo contratándole a usted, pero creo que ese asunto lo cerraremos pronto. Le abonaré sus servicios y asunto terminado. Lo siento, pero yo tengo mi propia agencia de detectives. Cuando hay problemas, recurro a ella, es de mi confianza, en cambio usted es un desconocido.

—Ya, a usted le gusta conocer el *pedigrí*. Tiene acciones en esa agencia de detectives de la que habla, ¿verdad?

—Tengo acciones en muchas partes y donde no las tengo, también poseo fuerza, si eso es lo que quería saber.

—Habla usted muy claro, señor Halfeter, así nos entenderemos mejor.

Se escucharon unos pasos en la grava que hicieron volver la cabeza a Alex, que esperaba ver aparecer a Bobby. Pero en vez del joven rubio venía hacia él una muchacha también rubia que vestía pantalones tejanos y camisa de color verde claro abierta.

Tenía una gran despreocupación y naturalidad en sus ademanes.

—Papá, ¿es cierto que se mató una chica en el coche que le robaron a Bobby?

—Jennie, ¿no tenías que ir al club marítimo?

—Sí, pero estaba escuchando música cuando han pasado un bloque de noticias de sucesos. Qué le vamos a hacer, a mí me gusta oírlas, será que soy masoquista. Oiga, a usted no le conozco —dijo clavando sus ojos ajos azul-violeta en el rostro del detective.

—Es cierto, no hemos tenido el placer de vernos antes. —Le respondió Alex.

—Es un detective privado, se llama Barclay —dijo Alice en voz alta.

—Ah, el de las joyas Charlson. Buen trabajo, ¿eh?

—No es por halagarme pero no estuvo mal el caso.

Jennie silbó admirativa.

—Dice que no estuvo mal... La policía no conseguía encontrarlas, le contratan a usted y, ¡zas!, las joyas aparecen. Debe de tener ese sexto sentido del que hablan.

—Creo que sí debo poseerlo, de lo contrario ya estaría en el cementerio. No simpatizo a mucha gente.

—Jennie, será mejor que digas a Patterson que te acompañe.

—No, papá, le diré a Bobby que venga conmigo con su coche nuevo, ese que le has comprado hoy.

—Yo no le he comprado ningún coche, ya le he dicho que podía utilizar cualquiera de los diez que hay en el garaje.

—Papá, eso son tortugas. Ya sabes que a Bobby le gustan los autos como ese «Corvette» azul.

Alex Barclay carraspeó.

—Señorita, ese coche es mío y le aseguro que no soy vendedor de automóviles.

—¿Es usted, tanto da la profesión de detective privado?

—No puedo quejarme, pero cada trabajador gasta en sus herramientas el máximo posible para que sus servicios sean luego inmejorables.

—Claro, ¿cómo iba a perseguir a los *gangsters* si no tenía un buen coche, una herramienta como ese «Corvette» coupé? —Y se echó a reír con ingenuidad infantil.

En aquel instante, Patterson regresó acompañado del joven rubio de nariz ganchuda y rostro anguloso que traía un aire circunspecto. Vestía una especie de sahariana, como si se dispusiera a marchar hacia las tierras desérticas de California.

Se produjo un silencio de expectación. Noah S. Halfeter aguardó a que su hijo se le dirigiera para comenzar a esclarecer aquel asunto que no le agradaba demasiado.

—¿Me llamabas, papá?

—Bobby, fue una estupidez que te robaran el coche ayer.

—Sí, pero no dejé las llaves puestas, yo estaba tomando un *whisky* en la cafetería del *Country Golf Club* cuando...

—Lo sé, lo sé, pero ya avisaste a la policía del robo.

—Claro, es lo primero que hice. La patrulla dio una batida por los alrededores sin resultado, pero me prometieron que encontrarían el coche.

—Lo han encontrado, Bobby, lo han encontrado.

—Qué bien.

—¿No has leído los periódicos? —le preguntó Alex con sarcasmo.

—Pues no, estaba enfrascado en mis libros, me apasiona la filología, pero ¿quién es usted?

Aquella pregunta sorprendió a Alex, pese a que debía de haberla sospechado en un tipo tan cínico.

—Bobby, es el detective privado Barclay y dice que tú lo has contratado para que investigue el robo de tu coche.

—¿Qué yo lo he contratado, papá? Creo que aquí hay un error, yo no he contratado a nadie.

—Pues él asegura que sí, Bobby. ¿Puedes darle una explicación a esta situación absurda?

—No, ¿qué explicación voy a darle? Si ese hombre dice que le he contratado, miente —puntualizó Bobby con decisión—. Además, me parece una actitud estúpida, porque yo no pienso pagarle por sus servicios.

—No me dijo lo mismo ayer noche cuando estaba en mi despacho.

—¿En su despacho? No sé de qué me habla. —Sacó unas gafas del bolsillo superior de su sahariana y se las puso, acercándose a Alex para verle mejor, con impertinencia de viejo usurero—. No, definitivamente no le he visto antes de ahora.

—Creo, detective Barclay, que será mejor que no se meta más en los asuntos Halfeter y puesto que el coche ya ha sido encontrado, su intervención sobra.

—El coche ha sido encontrado, pero con un cadáver dentro, el cadáver de una mujer joven y hermosa a la que tuve el placer de conocer hace poco y la desgracia de ver hoy mismo, destrozada, en la Morgue.

—¿Una mujer muerta en mi coche robado?

—Así es, Bobby —le dijo su propio padre—. Por lo visto, la ladrona debía de ir bebida o drogada en él y se ha despeñado. La policía me lo ha comunicado, pero no he querido molestarte tan temprano.

—Vaya, sí que lo siento, un carro no vale la muerte de ninguna persona y menos de una mujer joven y hermosa.

—Yo no creo que se haya despeñado. Considero que la mujer ha sido asesinada y demostrar la culpabilidad del asesino será una tarea interesante. Puesto que se me lanzó el desafío como si yo fuera un caballero del medioevo, lo recojo y sigo adelante.

—Con sus palabras parece insinuar algo, Barclay —observó Noah S. Halfeter.

—Sí, claro que sí. Yo hablé con el asesino, él me dijo que había matado a Inger Shorina, se rió de mí y me desafió a que encontrara las pruebas suficientes para inculparlo.

—¿Qué el asesino fue a contarle todo eso, y por qué no lo denuncia a la policía? —preguntó Patterson sarcástico.

—Porque no tengo pruebas y él mismo me advirtió que si iba a la policía con ese cuento, lo negaría todo. Y me pareció infantil acudir a la policía sin pruebas; se habrían reído de mí. ¿No crees, Bobby?

—¿Yo? Pues claro. Hay que poseer pruebas, ser testigo ocular o cuando menos, tener indicios fundamentales o abundantes que permitan instruir un sumario, dejando, si la investigación no proporciona más pruebas racionales e irrefutables, la posibilidad de que sea el jurado quien decida sobre esos indicios la culpabilidad o inocencia del supuesto culpable.

—Como verá, mi hijo no es imbécil ni cretino, como suele decirse que son todos los hijos de multimillonarios importantes.

—Ya estaba en antecedentes de que se graduó en Derecho en Harvard, él mismo me lo contó.

Bobby, que se había quitado las gafas con cristales de no menos de tres dioptrías y que por su continuado uso le habían dejado la marca correspondiente sobre el puente de la nariz, replicó:

—Yo no he podido decirle nada porque no le conozco, a menos que...

—¿A menos qué, Bobby? —interpeló su propio padre.

—Pues que en algún club hablando, ya sabes, entre grupos de personas uno no se fija en los tipos que le rodean.

—No, Bobby, el detective Barclay no se refiere a eso. Él está haciendo acusaciones muy directas. Tu coche ha sido robado y ha aparecido con una chica muerta dentro. Él asegura que ha sido asesinado y viene aquí diciendo que tú le has contratado para investigar. Patterson, ¿qué opinas tú?

—Que huele a chantaje.

—Mi hombre de confianza no se muerde la lengua, pero suele dar en la diana. Abandone este asunto, Barclay. No trate de involucrar a ningún Halfeter en líos de hampones y rameras, tome su coche y lárguese. Olvidaré que ha estado aquí, es lo mejor para su salud, y usted no es tan tonto como para no comprender que le

estoy aconsejando bien. No iba a ser usted el primer chantajista que se me acercara con alguna estupidez y yo no tengo piedad con los chantajistas.

—Será inútil decirle que no soy un chantajista. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que Bobby visitó a su psiquiatra?

Bobby se puso rojo y se abalanzó sobre Alex para golpearle, pero se dio de bruces contra la grava pelándose ligeramente su prominente nariz, pues Barclay le hizo una hábil llave de judo, quitándoselo de encima.

Patterson hizo intención de sacar una automática, pero el viejo controló la situación.

—No quiero broncas en mi casa, Patterson, guárdate eso. Usted, coja su coche y márchese. Si vuelve a molestar a mi hijo, haré una llamada a la policía y no crea que a la estación más próxima, tengo amistades con placa de oro y muy arriba. ¡Vamos, fuera!

—Ya me voy, pero su hijo es quién se encargará de que vuelva a tropezarme con los Halfeter. Buenos días —saludó, despidiéndose de Alice y Jennie.

Las dos mujeres le sonrieron, por su sangre fría y por no arrugarse frente al poderoso e influyente Noah S. Halfeter.

Poco después, el «Corvette» azul metalizado abandonaba el distrito de Mission tomando las pronunciadas pendientes de las calles de San Francisco.

Mientras, Noah S. Halfeter le decía a Patterson sin que nadie más pudiera oírles:

—Ese tipo es de los que siguen investigando aunque les vaya la cabeza en ello.

—¿Tiene que desaparecer de la circulación? —preguntó Patterson.

—En principio, no, me gustaría saber lo que averigua. Océpate de que lo vigilen, quiero sus conversaciones en cinta magnética. Luego, según lo que haga... —Sonrió mirando hacia las aguas de la bahía—. ¿Cuántos hombres hay que se puedan salvar saltando por un barranco a doscientos por hora, Patterson?

—Creo que ninguno, señor Halfeter.

—Yo también opino que ninguno y ese Barclay no iba a ser la excepción, ¿no crees?

Y esta vez sonrieron a dúo.

## CAPÍTULO IV

Jennie salió charlando animadamente con sus compañeras de la clase de *ballet*.

La tarde caía y de un instante a otro, iba a oscurecer, pero San Francisco sorbía el máximo de tiempo solar, mostrándose codiciosa, máxime en aquella tarde agradable en que estaban libres de la bruma.

En el aparcamiento aguardaba un chófer junto a un «Chrysler» para llevarla a casa, pero Jennie divisó en la acera opuesta un automóvil que ya conocía, un «Corvette» coupé azul metalizado.

Junto al «Corvette» en pie, Alex F. Barclay encendía un cigarrillo clavando sus ojos en la joven que vestía unos tejanos con un jersey por encima.

Parecía una chica sin importancia económica y, sin embargo, era la hija del multimillonario y un automóvil con chófer la estaba esperando como cada día al salir de las clases de *ballet*.

Jennie agitó su cabello rubio, esponjado y suelto. Miró fijamente al duro y atractivo detective privado y luego, se dirigió al «Chrysler». El chófer le abrió la puerta.

—No, Sammy, voy a dar una vuelta con unas amigas. Regresa solo a casa.

—Pero, señorita, a su padre no va a gustarle esto. Ya sabe lo que él piensa de las calles de San Francisco.

—Sí, ya lo sé, asaltos, violaciones, asesinatos. Anda préstame diez dólares, a la vuelta ya tomaré un taxi que me lleve directamente a casa. Díselo a papá si pregunta.

—Pero, pero... —comenzó a protestar Sammy al tiempo que buscaba en su bolsillo el dinero que le pedían—. Ya sabe cómo piensa su padre y si me pregunta adónde ha ido usted, ¿qué le respondo?

—Dile que he ido con unas amigas a ver una de esas películas

abstractas que a él le ponen malo.

—Señorita Jennie, no irá a ver una película *cochon*, ¿verdad?

Jennie soltó una carcajada alegre, tintineante.

—No temas, todavía no estoy perdida del todo. Sólo fumo marihuana y tomó heroína.

—¡Señorita!

Jennie siguió riéndose y lo empujó hacia el interior del coche tras guardarse los billetes en uno de los bolsillos de sus tejanos que ajustaban perfectamente sus estilizadas piernas.

—¿No ves que es una broma que te estoy gastando? Vamos, vamos.

A regañadientes, el chófer se alejó en el lujoso «Chrysler».

Jennie aguardó hasta verlo desaparecer y luego cruzó la calzada dirigiéndose al encuentro del detective del cabello cobrizo y la mirada gris.

—¿Me esperaba?

—Jennie, eres una chica inteligente. ¿Cuántos años tienes?

—Ya soy mujer y tengo derecho a voto. ¿No es suficiente eso?

Alex sonrió ligeramente y le abrió la portezuela del coupé. Ella se acomodó dentro del coche deportivo y Alex se puso al volante, no tardando en roncar el potente motor.

—¿Adónde me lleva, va a secuestrarme?

—Si hiciera tal cosa, tu padre no sólo removería San Francisco y lo haría tambalear como el trágico y nunca olvidado terremoto sino que devastaría California como si fuera un huracán.

—Usted no parece temer al ogro Noah Halfeter.

—Yo no temo a un crótalo, pero le tengo respeto.

—Comprendo, entonces no va a secuestrarme.

—¿Por qué será que a las mujeres os gusta pensar que van a raptaros?

—Será por lo mismo que nos gusta ver a Drácula en el cine. Bueno, yo no estudio para psiquiatra, pero sí he leído a Freud, Meyer, Charcot y otros. Además, somos un poco masoquistas.

—Me temo que llevas una indigestión de literatura psiquiátrica y menos mal que tomas clases de *ballet* y no de psicología y parapsicología acelerada.

—Voy a clase de *ballet* porque Alice me lo propuso y no me pareció mal. He hecho amistades. Ya estaba harta de conocer sólo a

los repipis del colegio mayor, sólo apto para millonarios.

—Eres una chica independiente —comentó Alex conduciendo hacia el puente San Francisco-Oakland Bay.

—¿Me lleva a Oakland?

—Por hacer unas millas. Si lo prefieres, charlamos en una cafetería.

—Detective Barclay, no es usted un morbosos ni un aprovechado. Otro me habría propuesto ir a su apartamento o, cuando menos, a ver una de esas películas oscuras y tenebrosas en las que no se ve nada en la sala.

—No, claro que no. Tú eres casi una niña, me daría de bofetadas si hiciera eso.

—¡Pare el coche!

—¿Qué?

—¡Qué pare el coche le he dicho!

Alex pisó el freno y Jennie sufrió una sacudida. Se dispuso a abrir la portezuela, molesta.

—Como soy una niña y no una mujer, me marchó.

Aguarda, aguarda, no sabía que te ibas a molestar tanto.

Se escucharon varios claxonazos y con la celeridad del rayo apareció un agente uniformado y dedicado a tráfico que sacó su bolígrafo y comenzó a escribir.

—Vaya, me está costando una multa tu pataleta. —Se lamentó Barclay.

—¿Una multa? —preguntó ella desconcertada.

Alex señaló con el dedo a través del cristal.

—Vaya, qué rápidos.

—Sí, como los «Phantom» —aceptó Barclay resignado.

—Por favor, ¿me firma aquí?

—Por favor, no, por mala uva, amigo, por mala uva.

Tras firmar, Barclay se guardó la hoja de denuncia y puso el coche de nuevo en marcha.

—¿Por qué te ha multado ese tipo?

—La verdad es que no lo sé, pero no era cosa de empezar a discutir como si se tratara de una jugada de fútbol en una final continental.

Enfilaron por el gigantesco puente de San Francisco-Oakland Bay, de dos pisos. Por el superior, de seis pistas, circulaban los

automóviles y por el inferior, trenes, autobuses y camiones. Doce kilómetros y medio de puente eran mucho puente.

—Vamos, ¿por qué no haces correr tu «caballo azul»? ¿Tienes miedo?

—No tengo miedo, pero me acaban de clavar otra multa.

—Ya, tienes un buen carro, pero no eres rico.

—Sí, tengo un buen coche, pero no soy rico y no quiero que, además, me vayan restando puntos en el carnet de conducir para que luego me sancionen con un tiempo sin él. Hay que vivir la vida más sosegadamente muñeca, y me parece que tú estás ansiosa por vivir rápidamente.

—Nadie diría que tú vives sosegadamente. Eres un detective privado, ¿no?

—Sí —dijo aceptando el tuteo de la muchacha—. Jennie...

—¿Vas a preguntarme lo que has estado guardando todo el rato en tu garganta?

—¿Tu hermano ha estado internado alguna vez en mía clínica psiquiátrica? Me refiero a una particular, de esas muy privadas que se llaman «casas de reposo» o de «control de peso», pero que en el fondo...

—Son loquerías, ¿es lo que tratas de decir?

—Sí. Si hubiera estado en un centro oficial, ya lo sabría.

—¿Has estado investigando?

—No voy a mentirte. Tú eres una chica a la que gusta afrontar las cosas cara a cara.

—Sí, pero estás hablando de mi hermano. ¿Te das cuenta?

—Sí, y quiero ayudarle antes de que cometa alguna barbaridad.

—¿De veras crees que es un loco asesino?

Alex Barclay aceleró la marcha del «Corvette» sobre el asfalto del puente; Oakland ya estaba cerca.

—Podría jurar ante una corte que estuvo en mi despacho y que me contó cosas horribles que no creí, pero cuando he visto el cadáver de Inger...

—¿Tu amiga?

—Sí, pero no se trata de nada personal, te lo prometo.

—De modo que crees que la mató él.

—No es que lo crea, es que él me dijo que fuera a la Morgue, que allí encontraría el cadáver de la persona que había asesinado y

como Inger fue hallada en su coche robado...

—Un coche que piensas no fue robado, sino que Bobby simuló el robo.

—Sí. Incluso, hay personas que tienen doble personalidad y no se enteran de lo que hacen cuando se hallan en la otra personalidad.

—Todo eso lo sé bien.

—Ya, tus libros de Freud, Meyer y Charcot, entre otros.

—Correcto. Mira, Alex, te sigo la broma, pero no puedo creer que Bobby haya hecho una cosa semejante. Es bueno, incapaz, de hacer daño a nadie. Hasta papá está molesto con él porque no tiene su «garra» para los negocios. Es un pozo de ciencia legal, eso sí, pero no es capaz de desplumar a nadie y seguir sonriéndole mientras lo hace. No es un hombre de negocios nato como papá.

—En ocasiones, las personalidades introvertidas se desatan, nadie sabe cómo ni cuándo pero hacen daño. Debería examinarlo un psiquiatra.

—No creo que lo consigas, no te dejarán acercarse a Bobby. Papá tiene guardaespaldas y no le ha gustado que digas según qué cosas. Si das un paso más, no te lo perdonará.

—Es que cuando intervenga la policía será peor.

—Mi padre sabe cómo manejar a la policía.

—Eso no siempre es factible, toda la policía no está corrompida, aunque haya muchos agentes que sí son la excepción dentro de la norma.

—¿Todos los detectives privados aprecian tanto a la policía como tú? Creí que estabais a morder, como perro y gato.

—Hay ocasiones que sí y hay ocasiones que no. Por lo menos en mi caso, las peleas y rabietas trato de que no pasen a ser nada personal: Que sean como enfados en un partido de fútbol. Cuando se acaba el partido, todos tan amigos.

Habían pasado a Oakland y después a una autopista. Jennie probó el sabor y el vértigo de la velocidad. Miró el cuenta-millas y la aguja subía y subía mientras el hombre accionaba aquél, para ella, estrambótico cambio de marchas, pues sólo los coches deportivos especializados llevaban el cambio de marchas manual, al que no estaba acostumbrado en absoluto el hombre medio americano. A Jennie le hizo pensar que aquél era como un coche de carreras y realmente lo era.

Alex disminuyó la marcha poco a poco y se introdujo en una gasolinera, donde detuvo el auto.

—Hay que darle de beber al caballito. Luego, regresaremos a San Francisco, ya es de noche.

—¿Tan pronto? Si mi padre se ha de molestar, puedo llegar un poco más tarde.

—¿Te hace una cena en un restaurante chino para turistas como nosotros?

—De acuerdo, ir contigo al Chinatown será como ir con guardaespaldas, porque tú me protegerás, ¿verdad?

—Naturalmente.

—¡Eh, oiga, esto no se llena! ¿Cuánto le pongo? —gritó el hombre de la gasolinera con la manguera en la mano.

—Póngale treinta galones, será suficiente.

—¿Treinta galones?<sup>[1]</sup> Oiga, amigo, ¿pretende tomarme el pelo? —Se enfurruñó el empleado.

—Oh, no, échele la gasolina dentro y verá cómo cabe.

—Si se desborda no se lo limpio —advirtió pensando que le tomaban el pelo.

Pero mirando el contador automático y al coche, no tardó en comprender que Alex había hablado en serio, pues el depósito absorbió sin problemas el combustible que le habían echado.

—Oiga, ¿sabe que en vez de un coche deportivo tiene usted un coche cuba?

—Sí, eso parece. Aquí tiene su dinero, quédese con el cambio.

El «Corvette» arrancó con sus ocho cilindros, dejando atrás la gasolinera.

El servidor de la misma les seguía con la mirada cargada de admiración y algo de envidia.

—¿Cómo es que cabe tanta gasolina en este coche? —le preguntó Jennie.

—No es que gaste más de lo normal, pero me hice colocar un tanque especial aunque me come algo del maletero para poder tener un radio de acción grande. No sabes la rabia que da estar siguiendo a un presunto culpable y quedarse sin combustible.

En el restaurante chino tomaron un *chop suey* con los clásicos palillos sin que pudieran utilizar tenedor y cuchillo. La cocina china, sabiamente, servía toda la carne en trozos menudos para que

nada se tuviera que cortar durante la comida.

Alex observó que la muchacha lo estaba pasando bien y se alegró de ello.

Había sido un poco duro al sondearla sobre la posible locura homicida de su hermano, pero todo había ido bien.

Jennie era una joven extrovertida, alegre, dinámica y jovial, con deseos de vivir sin hipocondrías o misantropías.

Alex conocía a la clase de jóvenes que se drogar han, según ellos para realizarse o para estar más joviales. Jennie era diferente. Ella tenía aquella vitalidad y alegría de vivir natural, sin artificios que luego la podrían llevar a una degradación total.

A Alex le gustaba la vivacidad de Jennie, pero desechó todo plan de utilizarla como vía para llegar y controlar a su hermano. Jennie amaba la verdad, era *demasiado sincera para hacerle* aquella jugarreta, una jugarreta que el futuro la habría de llevar forzosamente a desconfiar del mundo entero.

Alex F. Barclay no podía hacerle aquella mala jugada; de atreverse a utilizarla se habría avergonzado de ello toda su vida.

—Bueno, ahora te llevará a tu castillo, princesa.

—¿Princesa yo? —Se echó a reír. Le puso una mano encima del brazo y dijo después—: Me vas a llevar a tu apartamento.

—¿A mi apartamento? Vamos, pequeña, que yo no soy Marlon Brando ni estás viviendo *El último* tango de San Francisco.

—Tonto, me lleras a tu apartamento o grito. Te advierto que sólo quiero ver cómo vive un detective privado. Todo esto es muy fascinante para una desgraciadita hija de multimillonario que sólo sabe cómo se vive en una gran mansión con criados y un colegio con barrotes de acero inoxidable y perro pastor alemán vigilando a los posibles intrusos.

—Si vas a mi apartamento, te vas a llevar un desengaño, es sólo eso, un apartamento.

—Ya supongo, pero a lo mejor encuentro una media suelta y pienso lo peor.

—Lo peor, no, por favor, ya no uso medias —replicó él, sonriendo.

Se marcharon riendo y canturreando en el «Corvette».

—Vivo al otro lado del Golden Gate, allá no estamos tan amazacotados.

—A mí me gustaría la casa de mi papá si no estuviera en ella mi papá y todos sus guardaespaldas. ¿Sabes que hasta tiene una computadora en casa?

—¿Una computadora?

—Sí, en una habitación, junto a su despacho. Se hace viejo y cada vez quiere salir menos de casa. Eso fastidia mucho a Alice, mi madrastra, ella sí quiere salir.

—¿Y no es libre de hacerlo?

—No le resulta fácil. Se casó con el oro, es mi padre, pero hay que reconocer que está viejo. Sí, Alice se casó con el oro, pero el oro se transformó en barrotes y ahora está en la jaula de oro.

—¿Es así como llamas a la casa Halfeter?

—Sí, la jaula de oro. —Y reclinó la cabeza sobre el hombro masculino.

Alex le dio una ojeada. Tuvo deseos de dar vuelta a su coche y llevarla directamente a la casa de Halfeter, pero optó por continuar hasta su propio apartamento.

La chica necesitaba desfogarse un poco, vivir algo más y no sentirse tan asfixiada por el cerco de protección que le imponía su padre.

Un hijo, en especial una hija, siempre era un punto débil para un hombre importante que podía ser chantajeado y extorsionado, máxime cuando se tenía un pasado retorcido y lleno de rapiña como en el caso de Noah S. Halfeter.

—Bueno, princesita, hemos llegado a la guarida del lobo feroz o a la mansión del conde Drácula, si te gusta más.

—¡Uy, qué miedo!

Subieron en el ascensor y entraron en el apartamento.

—Vaya, ¿te dejas la luz abierta cuando te vas o es automática y se enciende cuando abres la puerta?

—Supongo que se la habrá dejado encendida el servicio de limpieza que tengo contratado. Pasan por aquí a días alternos.

—Eh, pues tu servicio de limpieza se ha quedado en el sofá. ¿Habías dejado alguna botella de *whisky* y a la vista?

Alex vio a la mujer, una cincuentona, tendida sobre el sofá, boca abajo. Lo que su mirada escrutadora y perspicaz había captado y no así Jennie, era que aquel cuerpo no se movía, es decir, no respiraba.

En aquel preciso instante sonó el teléfono que reposaba sobre la

mesita rodante especial para teléfonos, situada junto al sofá. Alex volvió la cabeza hacia el aparato, clavando en él su mirada ceñuda.

—¿Se encuentra mal?

Sin mirar a Jennie, sombrío, respondió:

—Ha muerto.

—¿Muerta?

Alex descolgó el auricular del aparato que sonaba insistente, como dispuesto a no cesar hasta que fuera atendido.

—¿Diga?

Escuchó una risita extraña, una risa psicopática. Luego, una voz que le resultó tan conocida como la risita.

—Barcley, Barcley, ya tiene el segundo cadáver.

—Oye, Bobby, esto te...

Fue inútil proseguir. Al otro lado del hilo telefónico acababan de colgar y sonó el clásico pitido.

—¿Bobby? —interrogó Jennie acercándosele.

—Sí, acaba de comunicarme que tengo el segundo cadáver.

—No es posible que mi hermano haya hecho tal cosa... —gimió anonadada.

—La mujer de la limpieza no presenta signos de violencia, pero eso se encargará de averiguarlo una autopsia en profundidad. Ahora, lo siento, Jennie, pero tengo que llamar a la policía. Tener un muerto en casa es bastante incómodo, ¿no te parece?

Jennie sintió que el labio le temblaba. Era la primera vez que veía un cadáver, el cadáver de alguien que había sido asesinado.

## CAPÍTULO V

A través de los cristales y sentado frente a su tercer café, Alex P. Barclay podía ver la entrada de la Morgue y también el coche policial del teniente Corway.

Alex F. Barclay conocía al veterano teniente Corway. Mutuamente se habían hecho favores y les unía una cierta amistad pese a que el teniente casi le doblaba la edad al joven y arriesgado detective privado.

El teniente Corway, por su excesiva integridad, había tenido roces con compañeros suyos y ello le había impedido ascender a capitán pese a su veteranía, a una medalla que le habían otorgado tras ser herido en servicio y a la placa de plata, pues nunca había conseguido la de oro.

Al fin, le vio salir junto a un sargento. Ambos hablaron brevemente y el teniente le señaló la cafetería. El sargento asintió con la cabeza y se separaron.

El teniente Corway penetró en la cafetería, buscó con la mirada al detective y al descubrirle, fue hasta su mesa. De camino encargó un café cargado, una cerveza y un bocadillo de hamburguesas.

—¿Qué hay, teniente?

—Malo, Barclay, malo, estás metido en un lío. Cuando se encuentra un cadáver en la casa de uno, ese uno pasa a ser el principal sospechoso.

Alex tomó un cigarrillo de la cajetilla que luego empujó intencionadamente hacia el teniente Corway que no se había quitado el sombrero de la cabeza y no por que hiciera frío.

Alex encendió el pitillo con la llama larga y azulada de su mechero de gas. Le gustaba la llama estilizada y alta.

—Estoy acostumbrado a ser sospechoso, teniente.

—Ya, la profesión de detective trae consigo muchos problemas. Sólo es apta para los aventureros ansiosos de estar en el meollo de

cuantos más líos mejor. Hay quien asegura que un detective privado es un chantajista en potencia.

—¿Usted cree eso también?

—En tu caso, no, claro que no, muchacho, pero las reglas tienen sus excepciones.

—Dejémonos de polemizar sobre la profesión de detective privado, teniente. ¿Qué ha sido?

—Difícil de averiguar. La mujer fue sorprendida por la espalda y le clavaron una aguja hipodérmica.

—¿Veneno?

—Sí, en la cantidad suficiente como para matar a un búfalo. Un combinado de drogas que no hay quien lo resista. Por lo visto, el asesino pretendía que la muerte pasase por una simple ingestión de drogas. Una huella de inyectable en la espalda es difícil de descubrir, se puede confundir con un simple granito epidérmico, producto de una piel grasienta, pero el médico forense es bueno y en este caso ha descubierto la trayectoria de la aguja hipodérmica. Bueno, no creo que te interesen los detalles.

—O.K., teniente, no hacen falta más detalles. Un jeringazo recargado de drogas capaces de tumbar a un búfalo. Es suficiente. ¿Y respecto a la modelo Inger Shorina?

—Sospechas.

—¿Sólo?

—Se abrirá una encuesta. No hay pruebas suficientes para probar que hubiera asesinato. Cualquiera de los golpes pudo dárselos en la caída. Hay que admitir que un buen puñetazo aplicado con una mano enguantada apenas deja huellas y puede noquear a una mujer para luego despeñarla tranquilamente.

—Sí, tras muchos accidentes de circulación se ocultan algunos asesinatos.

El teniente Corway suspiró.

El mozo le puso delante lo que había pedido. Tomó el bocadillo y sin ofrecer nada, con naturalidad, comenzó a morderlo con hambre. Tras engullir el primer bocado pidió:

—Oiga, tráigame mostaza y que esté floja de cebolla.

Alex Barclay cruzó los dedos sobre la mesa, sosteniendo el cigarrillo entre los labios. Aguardó.

El teniente, que tenía más hambre que deseos de complacer a su

paladar, mordió otra vez el bocadillo. Mascándolo aún, preguntó a Alex:

—¿Insistes en decir que sospechas que Robert Halfeter, el hijo de Noah S. Halfeter, es el asesino?

—Creo que es un enfermo mental. Deberían arrestarlo y someterlo a examen psiquiátrico, quizá así confiese.

—Para arrestarlo harían falta pruebas. ¿Tienes alguna?

—¿Mi palabra no es suficiente?

—No, en este caso, Alex. Su padre se pondría hecho un basilisco, el chico saldría en libertad inmediatamente y no habría tiempo de que lo examinaran. Para someterlo a examen psiquiátrico debe de haber por lo menos alguna sospecha fundamentada en algo que un abogado se vea obligado a roer con dificultad.

—Comprendo. La verdad es que lo sabía, pero no podrá acusarme luego de que no me he confiado a usted.

—Con un cadáver en tu apartamento, ¿qué otra solución te quedaba? La sospecha de que la modelo Inger Shorina fue asesinada no me la dijiste.

—¿Lo hubiera hecho usted en mi lugar, teniente?

El teniente no tuvo tiempo de responder. Al tiempo que acababan de servirle la mostaza, con la que procedió a tratar la hamburguesa, entró en la cafetería el sargento que se acercó a él entregándole una hoja de bloc.

—Acaban de llamar por el radioteléfono del carro —dijo el sargento—. Piden que llame usted urgentemente a este número, teniente.

—¿Y quién está detrás de este número?

—No lo sé, pero es una petición de arriba.

—Entiendo. ¿Un café, sargento?

—No, teniente, gracias. Regreso al coche, estaba repasando unos datos.

Alex y el sargento se miraron. No simpatizaban y no se dijeron nada.

—Un momento, Barclay.

Sin soltar el bocadillo, palpándose el bolsillo en busca de monedas, buscó el teléfono de la cafetería.

Alex le vio desde lejos. Le oyó protestar excitado, aunque no entendió lo que decía.

Luego, el teniente Corway se aplacó y acabó colgando el auricular con aspecto abatido.

—Barcley...

—Sí, teniente —dijo—, cuando el policía regresó a la mesa.

—Beberás olvidarte de este asunto, es terreno resbaloso para ti y al final de la pendiente hay un acantilado. Me entiendes, ¿verdad?

—Sí, supongo que los de arriba han comenzado a ser sacudidos por un huracán llamado Noah Halfeter.

—Lo ignoro, no puedo decírtelo, sólo sé que has caído en desgracia. Al primer tropiezo que tengas, te quitan la licencia y eso es lo mejor que puede sucederte.

—¿Lo peor será aparecer flotando boca abajo en la bahía?

—Ajá. Yo, de ti, compraría un boleto turístico para las Hawái por un mes. A tu regreso ya se habrá olvidado todo.

—Gracias por el consejo, teniente, pero no puedo seguirlo.

—¿Por qué?

—Jamás he sido yo quien ha dejado a medias una partida de ajedrez. Si mi rival no abandona y quiere seguir jugando, yo estaré ante el tablero.

—Un tablero de ajedrez llamado San Francisco es demasiado peligroso.

—Me gusta el peligro, teniente, y usted lo sabe. Espero que no le obliguen a dar carpetazo a este asunto.

—Tendré que hacer unas investigaciones, pero no ignoras que, desgraciadamente, al cabo del año quedan muchos homicidios por resolver, no somos dioses.

Alex se puso en pie y dijo:

—Por mucho que se empeñen no podrán darle carpetazo a este asunto. El asesino me habló de cinco víctimas y sólo van dos, de modo que será él y no yo quien les impida cerrar el expediente. No podrán taparlo porque hay un loco suelto que se empeña en que no puedan atraparlo y ya verá cómo tengo razón.

—Si es tal como dices, ándate con cuidado, Barcley, la próxima puedes ser tú.

—No lo creo, teniente. Según el plan del asesino, soy yo quien debe de ser testigo de cinco muertes.

—Aguarda... ¿Serías capaz de jurar eso ante un gran jurado?

—Sólo sería mi palabra. Cualquier abogadillo de tres al cuarto

me haría pedazos si Bobby Halfeter negaba todo lo que me dijo No, teniente, no voy a caer en esa trampa tan simple. Bobby se reiría mucho de mí. Lo que me gustaría saber es qué tiene ese Bobby entre ceja y ceja.

—En ese caso, si estás decidido a seguir adelante, cuenta con un ramo de flores para tu entierro. El sueldo de la policía no me da para ir regalando coronas.

—No se moleste en llevarlas a mi tumba; cuélguelas en el retrete de la policía. Aroma por aroma, seguro que es mejor el de las flores. Hasta luego, teniente. Volveremos a vernos.

En la calle, Alex lanzó una ojeada a la Morgue. Hundiendo las manos en los bolsillos de los pantalones, se dirigió hacia su «Corvette».

Se confesó a sí mismo que no sabía por dónde comenzar. La mansión Halfeter estaba vedada para él y Bobby estaba encerrado en aquella fortaleza que poseía su padre en lo alto de una de las colinas de San Francisco.

Buscar pistas, rastros, huellas, era inútil. Bobby era un asesino de los que no dejaban huellas; resultaba extremadamente meticuloso, aunque Alex sabía que todos los asesinos, por muy escrupulosos que fueran, siempre olvidaban algo, un detalle por insignificante que fuera; pero ¿dónde buscar ese detalle que podía escapársele a Bobby Halfeter?

Se daba cuenta de que Bobby pertenecía a la clase de los asesinos jactanciosos, un asesino que presumía de cometer el crimen perfecto; pero había que descubrir si asesinaba por demostrar lo sagaz que era, porque estaba loco o porque seguía un maquiavélico plan para obtener algo.

Alex comenzó a inclinarse por esta última teoría, pero ¿qué podía ser ese algo, qué podía conseguir Bobby Halfeter con un encadenamiento de crímenes?

Tenía que aguardar. El asesino le había elegido a él como testigo. ¿Por qué, para qué? Esperar, esperar... Eso era algo que no le gustaba porque estaba seguro de que habría otra víctima y otra y otra si el asesino no era puesto a buen recaudo, pero Papá Poderoso le protegía.

Noah S. Halfeter impediría por todos los medios que su cachorro quedara tras unos barrotes.

—Vaya, otra multa; no estoy de suerte —se dijo, aproximándose al coche.

Ya más cerca, observó que lo que le habían dejado aprisionado contra el cristal por el limpiaparabrisas no era una multa, quizá algún folleto de propaganda.

Al tomar el papel, comprobó que era una simple hoja de bloc escrita con escrupulosa e impersonal letra tipográfica, posiblemente con un bolígrafo barato que, tras ser usado, era lanzado a un sumidero.

«Búscame a las 21 en Paradise Oasis Motel».

La hoja no decía nada más ni estaba firmada.

Alex miró en derredor como tratando de reconocer a alguien, más no tuvo suerte y terminó guardándose la hoja. No faltaría a la cita.

## CAPÍTULO VI

El Paradise Oasis era un motel ubicado al norte del Golden Gate, al otro lado del puente y cerca de Muir Beach.

El Paradise Oasis tenía un rótulo luminoso, pero discreto.

Ya en el aparcamiento había un tablero de anuncios iluminado en la noche con una lista de precios. De este modo, los económicamente débiles, después de apearse de su coche y leer los precios, subían a su auto de nuevo y reemprendían la marcha.

A simple vista no lo parecía, pero el Paradise Oasis. Motel era muy lujoso.

Tenía una significativa linterna roja en el voladizo de entrada, una linterna roja que hacía que los padres de familia pasaran de largo, no queriendo meterse en líos.

Alex estacionó su coche en el *parking* del motel.

Silbando, cruzó junto a la linterna roja, que a aquella hora, en que el sol moría, comenzaba a destacar con mayor brillantez.

—Buenas noches —le saludó un conserje impecable, con lazo de pajarita.

Era difícil descubrir una sonrisa en aquella boca que semejaba un tajo en la cara. Sobre el mostrador de conserjería colgaba un rótulo que decía: «Discreción».

Alex miró en derredor. El vestíbulo no era muy grande y no había nadie más excepto él y el conserje, quien le preguntó:

—¿Trae equipaje el señor?

—No. ¿Es necesario?

—No, claro que no. Entonces, el señor sólo toma habitación por una noche.

—Verá. —Se rascó la nuca—. Esperaba a...

Tampoco sabía en realidad a quién debía encontrar allí y no terminó la explicación.

El conserje se esforzó en sonreír sin conseguirlo, por lo menos

así se lo pareció a Alex Barclay.

—Lo mínimo es una habitación por una noche. Si me dice el nombre de quién acudirá a encontrarse con usted, lo conduciremos a su habitación enseguida, dándole un aviso previo.

—Es que darle el nombre... —dijo Alex, evasivo.

—Descuide. Puede decir cualquier seudónimo. Aquí no pedimos la identidad verdadera de los clientes. Puede firmar lo que quiera en el libro de registros.

—¿Y el control de la policía?

—De eso nos ocupamos nosotros. Por eso cuesta un poquito más caro, pero vale la pena. El cliente no es molestado nunca.

—De acuerdo, de acuerdo. Firmaré Peter Pan o ¿qué le parece Pato Donald?...

—Usted mismo. Yo no puedo hacerme responsable de la falsedad que un cliente escriba en el registro.

—Entiendo. Oiga, ¿qué comisión se lleva el policía que controla esta zona?

—Esos pequeños detalles corren por cuenta de la casa, señor.

—Bien. Traiga el libro y veremos qué nombre pongo. Soy un individuo pobre en imaginación.

El conserje le tendió el libro abierto y un bolígrafo azul. El detective firmó en el registro y luego se lo devolvió. El hombre del motel lo leyó, comentando irónico:

—No es un seudónimo muy chocante. Alex F. Barclay podría pasar por un nombre normal.

—Eso pienso yo —respondió Alex, también irónico.

—Ahora, si al señor no le molesta, y como se va a quedar una sola noche y puede marcharse de amanecida, sin tener que molestar a nadie, podría abonar el importe de la habitación.

—De acuerdo. ¿Cuánto es?

—Setenta dólares.

—¿Setenta dólares por una noche? —preguntó, mirándole con la cabeza inclinada, casi como un perro que ve como el palo se levanta sobre sus costillas.

El hotelero carraspeó ligeramente.

—La próxima temporada pensamos subir los precios; son algo módicos ahora.

—No tan módicos. ¿Acaso esto es el palacio de Buckingham?

—No, señor, no lo es; es mucho más discreto. Todas las habitaciones tienen camas amplias, es decir, redondas. Ya verá usted como le complacerá. Ah, se incluye una botella de champaña por cuenta de la casa, champaña californiano, por supuesto. Si lo quiere francés es aparte.

—O.K. ¿Y el contenido del depósito del excusado también aparte?

—El señor es muy gracioso.

El hombre, que fuera del mostrador apareció más delgado y estirado, tenía aire de película de vampiros europea, y Alex se dijo que le estaba sorbiendo la cartera.

Dejó los billetes sobre el mostrador y gruñó:

—Recoja los setenta «machacantes», amigo. Esta noche me va a costar cara.

—Lo bueno siempre cuesta caro.

Aquel tipo, que debía tener mucho de proxeneta, pues Alex se imaginaba que si a alguien le hacía falta compañía, él se encargaba de traérsela, le condujo a través de un corredor que semejaba una línea quebrada en vez de recta.

Alex supuso que había sido construido de aquella forma más que para aprovechar los espacios, para ser más discreto. De esta forma, alguien que se asomara por una puerta no podía otear a lo largo del pasillo: las paredes se lo impedían.

Le destinaron una habitación amplia, con un diminuto recibidor que tenía una especie de biombo que impedía que alguien, desde la puerta, un simple camarero, por ejemplo, pudiera ver la habitación con una ajeada.

En efecto, la cama era redonda y muy grande. Allí podía uno retozar a placer antes de caer exhausto y dormir.

La temperatura se equilibraba a voluntad del cliente; así se lo indicó el hotelero, mostrándole un panel de mandos que semejaba el control de un televisor a color.

—Aquí tiene para elegir el hilo musical. Ya sabe, música clásica, suave, música ligera, latinoamericana, lo que usted prefiera. Estos otros botones son para el control de luminotecnica. Si prefiere una luz rojiza, tenue, como ésta... —Accionó el conmutador y toda la estancia quedó iluminada en rojo suave—. También hay azul, verde y violeta. En este último color, todo lo que lleve blanco se vuelve

violeta claro.

—Bien, bien, esto parece el escenario de un teatro de revista.

—Es mucho más sugestivo que el escenario de un teatro de revista. Depende, claro está, del gusto que el señor haya tenido al escoger a la *partenaire*.

—¿La *partenaire*?

A la mente de Barclay acudió la imagen de Bobby Halfeter, y no pudo por menos que negar con la cabeza, como sacudiéndosela. Decididamente, no podía ser más sugestivo que un escenario de revista.

—En la mesita tiene teléfono. Puede llamar directamente al exterior, pero nadie puede llamarle a usted, molestándole.

—Perfecto, perfecto. Ya que he pagado, voy a disfrutar de todo esté sofisticado sibaritismo. Oiga, ¿y de verdad que con todo esto también resulta imprescindible la *partenaire*?

—Es el completo, señor.

—Sí, claro, no vaya a tomarme por un regresivo sexual. Ah, y el champaña ¿sale de debajo de la cama automáticamente cuando uno se quita los zapatos?

—El champaña se lo serviremos más tarde, salvo que el señor lo desee ahora mismo.

—No, no, más tarde. ¿Hay alguna puerta que dé a la playa?

—Sí; junto al vestidor. Hay muchos clientes que, en vez de bañarse en la bañera, prefieren zambullirse en la playa; es muy discreta. Tenemos la playa controlada para que no aparezcan vagabundos y la policía no se entromete con los nudistas nocturnos.

—Entiendo. Dicen que es muy sano bañarse completamente desnudo.

—Eso he oído, pero yo no soy médico, no podría asegurarlo.

—No habrá cámaras fotográficas con algún sistema especial que... Ya me entiende.

—Asegurado que no. Siempre que ha aparecido por aquí algún chantajista o periodista lo ha pagado caro, muy caro. El Paradise Oasis tiene una solvencia absoluta en cuanto a su discreción. Quienes acuden aquí, lo prueban, y si pueden pagarlo, repiten.

—Veremos si ése es mi caso.

El hotelero le dejó solo.

Alex Barclay se quitó la chaqueta, los zapatos y se lanzó sobre la

cama, comprobando que era mullida.

Se levantó y fue hacia el panel de mandos, escogiendo música culta, pero digerible en una situación como aquélla. Pudo escuchar las más seleccionadas piezas de Strauss.

Probó las luces y optó por la azul, discreta y suave. Se tendió de nuevo en el lecho, diciéndose:

—¿Me estarán vigilando? ¿Aparecerá por aquí o tendré que salir a la playa?

Había acudido a la cita, pero ignoraba cuál sería la forma de encuentro. Él tenía que limitarse a esperar y así lo hizo.

Pasaron los minutos y escuchó unos golpes en la puerta. Desde la cama, y alzando la voz, preguntó:

—¿Quién es?

—Le traigo el champaña, señor. No se moleste en levantarse.

Entendió que el camarero traía llave consigo y continuó tendido, mirando al techo, donde un espejo circular y cóncavo reflejaba su imagen, extrañamente distorsionada.

La puerta se abrió y cerró.

No pudo oír los pasos sobre la mullida moqueta, pero al alzar la vista, vio que el camarero no era hombre precisamente.

—Hola, Alex. Espléndido lugar, ¿no es cierto?

Barclay se sentó en la cama y parpadeó. La luz azulada era escasa para distinguir bien un rostro a distancia. La mujer tenía formas espléndidas. Vestía de negro y corto.

Llevaba el cabello suelto y entre sus manos sostenía una bandeja con dos copas y un cubo de acero inoxidable, dentro del cual estaba la botella de champaña.

—Oye, creo que nos conocemos de algo, ¿verdad?

Ella rió resabiadamente; parecía que todo salía según sus planes.

Dejó la bandeja en una mesita rodante y, acercándose al panel de mandos de la habitación, escogió música sensual y obsesiva de bongos, pulsando a su vez el botón que correspondía a las luces sicodélicas.

Alex tuvo que soportar los fogonazos de luz que traidoramente aparecían de los lugares más inesperados mientras la fémina comenzaba a seguir el ritmo de la música afrocubana que a ella tanto parecía gustarle.

El vestido negro pasó volando por encima de la cabeza del

detective privado y ella saltó por encima de la cama.

Alex estaba quieto, trataba de comprender si aquello era una broma o iba en serio.

La mujer le cogió por los cabellos desde su espalda y lo obligó a inclinarse hacia atrás, boca arriba, con la violencia de una ñera salvaje, pues Alex notó cómo el rostro femenino se inclinaba sobre el suyo y lo besaba con fiereza.

Pero él no era ningún novato y aguantó hasta que fue ella la que precisó aire y se separó de él unas pulgadas, jadeante.

—Tú eres Alice, la esposa de Halfeter.

—Creí que te había impresionado mi belleza allí al borde de la piscina.

—»¡Oh, espejo mágico! ¿Verdad que no hay en el mundo mujer más bella que yo?».

—¿Te burlas de mí?

—No. ¿Cómo iba a burlarme de la esposa de Noah S. Halfeter? Por cierto, ¿eres cliente fija del Paradise Oasis?

—¿Tú qué crees?

—Observando tu vitalidad y tras conocer personalmente a Halfeter, me temo que no le queda otro remedio que ser cliente fijo de una sombrerería para vikingos.

Hila soltó una carcajada que se confundió con la música de los tambores que subían y bajaban en intensidad. Resultaban sumamente excitantes y Alex comprendió que la situación era explosiva.

—Si tú quieres, serás el único —siseó ella, enronqueciendo su voz, envolviendo con oleadas de cálido aliento el rostro del detective privado.

—¿El viejo no cuenta?

—No, él no cuenta.

—¿Y Patterson?

—¿Patterson?

—Sí, Patterson, el brazo derecho del viejo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por las miradas que te dirige.

—Muy sagaz. La verdad es que estoy cansada de él; es un pesado. Creo que me utiliza como revancha para fastidiar al viejo. Como siempre está obedeciendo y diciendo «sí, señor; no, señor», se

venga con...

—Es muy posible. Así compensa su frustración. Pero ojo: puede salirte chantajista.

—Si sale chantajista, tú me defenderás de él, ¿verdad?

—Primero tengo que defenderme del viejo.

En aquel momento escuchó un ruido por encima de la música de bongos.

Alargó su mirada y divisó dos figuras que indudablemente no habían entrado por la misma puerta que él o Alice utilizaran, sino que debían de haberse colado por la puerta que daba a la playa.

Se sacudió de encima a la mujer, que se había convertido en una especie de cepo, y rodó sobre sí mismo, escapando a la primera patada que iba dirigida contra su cabeza.

Otro de los tipos blandió una pequeña porra de goma con nervio de plomo. Alice quiso gritar, pero uno de ellos le advirtió:

—Cállese y no le pasará nada.

Alex lamentó no llevar los zapatos puestos al propinar una patada al que se le había echado encima mientras el otro obligaba a Alice a callar.

El individuo de la porra le golpeó el omóplato, aunque el golpe iba destinado a su cráneo.

Alex empleó las artes japonesas, en las que se había entrenado y practicado a conciencia, y uno de aquellos sujetos salió disparado, cargándose la botella de champaña y las copas.

El otro manejó sus puños con habilidad, lo que le dio a entender que era un profesional del deporte de las doce cuerdas. Tuvo que encajar varios puñetazos que lo hicieron tambalear y flotar por unos instantes. Se sintió *groggy*, pero evitó el remate.

Alcanzó con un golpe de karate dado con el talón en el plexo solar de su atacante, tumbándolo, pero el otro se lanzó contra él en plancha, y aquel hombre pesaría los cien kilos, pese a su envidiable elasticidad.

Rodaron por encima de la cama, una cama que no había sido ideada para aquella clase de peleas, y cayeron por el borde opuesto.

Alex se sintió asfixiado por el abrazo mortal de aquel gorila, que, con aquella constricción, pretendía quebrantar todos sus huesos.

Le tomó de las orejas conteniendo la respiración y se las retorció

en forma tan brutal que el tipo lanzó un aullido mientras los fogonazos de luces sicológicas daban un aire fantástico a la brutal pelea.

Alex tomó el cubo de acero inoxidable que fuera utilizado para albergar la botella de champaña, que rodaba por el suelo, y se lo encajó en la cabeza.

Más el otro tipo no parecía dispuesto a dar la pelea por zanjada. Había entrado allí con la idea fija de romperle algunos huesos a Alex y aún no lo había hecho, ni iba a conseguirlo, porque Alex F. Barclay había tornado la botella de champaña por el gollete y se la ofreció a su atacante con cristal incluido y sin tener en cuenta que tenía la boca cerrada.

Los dientes del gorila crujieron extrañamente y la mano de Alex se empapó de espumeante caldo dorado.

—Hay que salir de aquí cuanto antes —le dijo a Alice, buscando en medio de aquellos fogonazos y con los bongos como música de fondo.

Pero Alice ya no estaba allí y tampoco su vestido.

Mientras uno de aquellos tipos seguía tendido en el suelo, boca arriba, empapado en champaña, el otro se retorció tratando de sacarse el cubo de acero inoxidable que le fuera encajado a presión en la cabeza.

Con la chaqueta colgando de su brazo y los zapatos en la mano, Alex salió corriendo de la habitación.

Al pasar por conserjería, el hotelero le dijo:

—¿No le ha gustado la habitación al...?

No fue necesario proseguir, Alex Barclay ya no estaba en el Paradise Oasis Motel.

Corrió hacia su coche. Buscó en los otros por si veía a Alice, más no fue así. No había nadie a la vista; sólo unos coches apartados tras la zona de setos, de modo que las matrículas no pudieran verse desde la carretera.

Subió al «Corvette». Se calzó los zapatos y puso el automóvil en marcha, alejándose con un fuerte ronquido del motor.

Le extrañó que el coche hiciera unos ruidos no acostumbrados al pasar por bordillos; un ruido que luego, ya en el asfalto de la autopista, desapareció.

Se dirigió a su apartamento y, al introducirse en el *parking*

subterráneo, volvió a hacer el ruido.

Alex, extrañado, salió del coche y lo observó, dándose cuenta de que la tapa del maletero no estaba bien encajada. La empujó hacia abajo y comprobó que no cerraba correctamente.

—Maldita sea. Los rateros ya me han reventado el maletero... ¿Qué se habrán llevado, si no tenía nada de valor?

Levantó la tapa para comprobar qué le faltaba y quedó pálido ante la sorpresa que apareció ante sus ojos.

—¡Alice!

La joven estaba allí, con el vestido negro fuertemente agarrado en su mano.

En el cuello tenía una maligna herida por la que había escapado mucha sangre.

El maletero estaba bañado en sangre, sangre que ahora goteaba contra el asfalto del *parking*.

Alice, encajada allí dentro, degollada, había muerto con los ojos abiertos.

## CAPÍTULO VII

La celda preventiva estaba muy iluminada. El catre era sencillo, pero limpio, y la puerta de cristal tenía una alambrada metálica resistente, colocada de tal forma que aunque se la hubiera propuesto no habría conseguido romper el cristal.

No era la primera vez que Barclay pasaba unas horas dentro de una de aquellas celdas.

Fumaba tranquilamente tendido en el catre boca arriba, tratando de desentrañar las jugarretas de aquel asesino ladina que le estaba jugando una mala pasada.

«Un tipo muy retorcido —pensó—. Pero ha de tener algún motivo para actuar así. Puede que esté loco, pero sólo lo justo; no lo suficiente para ser internado en una institución psiquiátrica».

Bobby Halfeter merecía la máxima pena que el estado de California podía imponerle por sus crímenes, porque ya eran tres. No le cabía duda de que la muerte de Alice era un trabajo suyo, aunque en aquella última ocasión no había tenido noticias del astuto y retorcido Bobby Halfeter.

Se abrió la puerta de la celda y un oficial de uniforme, de casi dos metros de estatura y algo más de cien kilos de peso, capaz de asustar al más pusilánime, sonrió, torciendo la boca hacia la izquierda, y le dijo:

—Arriba, Barclay. El teniente Corway le espera.

—Bien. Por lo menos he podido descansar un par de horas.

—Algún día se va a encontrar con uno de esos oficiales más duros y será un interrogatorio de tercer grado. Eso no le va a gustar, ¿eh, Barclay?

—Sí, supongo que no me va a gustar, y tampoco le gustará al que me lo haga.

El policía sonrió siempre hacia la izquierda, pues tenía tendencia a torcer la boca.

—¿Amenaza a los oficiales de policía?

—Oh, no. Sólo digo lo que pienso, y tú pareces un gorila. Sí, un gorila al que dieron el biberón por el lado izquierdo y así te ha quedado la boca.

—Maldita sea, Barclay. Cualquier día nos vemos en un callejón.

—Ya. Siempre podrás alegar que me tomaste por un ladrón callejero. ¿No es eso?

—Veo que es muy listo, pero hasta los más listos terminan usando la escayola para sus huesos.

—Estoy abonado a una cantera de escayola y siempre tengo un saco guardado para lo que pueda sucederme.

Se calzó los zapatos, tomó la chaqueta en su antebrazo y salió de la celda siguiendo al oficial, que le condujo al despacho del teniente Corway.

Allí estaba un hombre al que conocía bien. Un sujeto calvo que usaba largo bigote entrecano y tenía un aspecto eternamente grave.

—Hola, muchacho. ¿Te han zurrado?

—No, abogado Manigan, no me han zurrado. Por suerte, tengo un amigo aquí; un amigo que es el teniente Corway.

El teniente Corway tenía el ceño fruncido y no distendió sus arrugas para hablar.

—Si sigues metiéndote en líos no podré ayudarte. Te dije que unas vacaciones en las Hawái o en las Barbados no te irían mal para la salud. ¿Te das cuenta de en qué lío te has metido en esta ocasión?

—Yo no me he metido en ningún lío, teniente. En todo caso, el asesino se ha empeñado en que sea yo el que vaya descubriendo a sus víctimas. Algo así como si fuera su agente de publicidad.

—Estás libre. La policía no puede probar nada contra ti —puntualizó Manigan.

—Dale las gracias a tu abogado y no a mí, Barclay.

—¿Han vuelto a telefonar los jefazos para que me encierre?

—Muy sarcástico, Barclay, pero me estás poniendo en el disparadero. Tengo familia que mantener y no quiero perder mi empleo. Ya has encontrado dos cadáveres y has estado husmeando en un tercero, lo sabemos.

—Es lógico en un detective privado. ¿O no?

—Lógico, lógico —masculló—. Pues esta vez has ido demasiado

lejos. Se trata de la joven y bella esposa de Noah Halfeter, nada más y nada menos. Ha sido un escándalo. El viejo ha hecho tambalear las oficinas del Ayuntamiento, lo ha removido todo. Quiere que te procesen por el asesinato de su esposa.

—Si yo no he sido, ¿por qué quieren cargarme el muerto?

—Él prefiere que así sea.

—Una estupidez. ¿No le parece, abogado Manigan?

—Claro que es una estupidez. Por lo que yo sé, es muy fácil rebatir la acusación. He hablado con el fiscal, y él es el primero en echarse atrás; no quiere cometer el mayor ridículo de sus días: sería un caso perdido.

—Eso es. Todos sabemos que no has sido tú, Barclay, máxime conociéndote. No podría pensar jamás que has cometido una atrocidad semejante, pero resulta que los detectives os metéis en muchos cotos privados, y si no se os acusa de un asesinato, se os puede acusar de chantaje o algo por el estilo.

—¿Ha disparado Halfeter sus andanadas en tal sentido? —preguntó Alex al teniente.

—Todavía no, pero es posible que lo haga.

El abogado Manigan aplastó una colilla contra el cenicero de acero que el teniente tenía sobre su mesa y opinó:

—No se le puede acusar de chantaje sin pruebas. No ha pedido nada a nadie, que yo sepa.

—Por supuesto que no.

—Estimo que, por el momento, Halfeter no puede acusar a Barclay de chantaje, pero yo me andaré con cuidado porque puede tenderte una trampa. Está furioso.

—Ya me tendieron una trampa en el Paradise Oasis Motel.

—Barclay, no se ha podido demostrar que ella te citara allí. Los expertos en grafología dicen que la nota que les has entregado no sirve como prueba.

—Ya. Pero ¿y la habitación del motel?

—Nada.

—¿Qué significa ese «nada»? —inquirió, molesto.

—Pues eso: que nada, no hay ni tus huellas.

—Diablos, han hecho un buen trabajo. Ya me pareció que aquel tipo del motel era un lince o quizá un ave de rapiña nocturna.

—Le han preguntado por qué no había huellas y ha sido claro y

transparente. Su servicio trabaja con guantes blancos y limpia a conciencia. Es bastante normal, según él, que aparezca una botella de champaña rota. Limpian a fondo, que para eso se les paga.

—Pero el libro de registros decía bien claro que Barclay se había inscrito allí sin nombre supuesto —recordó el abogado.

—Es verdad. Él no tratar de ocultar su identidad le ha favorecido a los ojos del fiscal.

—Sí, eso pensé yo cuando me inscribía, pero ¿y los tipos que me atacaron, esos dos que pretendían sacudirme el polvo?

—Nada, ni rastro —aclaró el teniente Corway—. Para los ojos del fiscal y del mundo, como si no hubieran existido jamás. Sólo está tu palabra.

—Debí figurármelo —suspiró—. De ese modo, la cosa queda como que me cité con la esposa de Halfeter en el motel y luego ella ha aparecido muerta en mi maletero y en forma harto desagradable y escandalosa. Menos mal que los muchachos de la prensa no la han podido fotografiar tal como estaba. Hubiera sido un notición.

—Para Halfeter ha sido un adulterio flagrante y está moviendo todos los hilos para que te acusen del crimen.

—Pero no pueden —puntualizó el abogado Manigan, que defendía a Barclay—. Mi cliente denunció el hecho inmediatamente a la policía y ha hablado hasta por los codos. Además, su maletero estaba reventado.

—Sí, pero pueden alegar que lo reventó adrede para simular que había sido otro y no él, que tenía llaves del maletero.

—Demasiado ingenuo, ¿no cree? —objetó Barclay.

—Sí, muy ingenuo, y por ingenuo, algunos pueden pensar que es cierto. Así intentarán demostrarlo los abogados de Halfeter. No va a soportar bien la muerte de su esposa y muchísimo menos en las circunstancias que ha ocurrido. Muy desagradable, Barclay, has de admitir que estás metido en un buen lío y hasta las orejas.

—Pero ¿y el hijo del viejo? —preguntó Barclay.

—Será mejor que lo dejes en paz.

—¿Cómo en paz, si él me ha dicho que era el asesino?

—Es tu palabra contra la suya, y lo malo es que tú pareces más culpable que él. Se te puede acusar de adulterio, escándalo público, asesinato, etcétera, mientras que ese joven y brillante abogado tiene coartada.

—¿Coartada?

El abogado Manigan intervino, suspirando:

—Será mejor que lo olvides, Barclay. El teniente ya me ha contado que el hijo de Halfeter tiene coartadas perfectas para cada uno de los crímenes.

—Era de esperar; es listo el condenado. Ya me lo advirtió, pero ha de cometer algún fallo; todos cometen algún fallo.

—Bobby Halfeter es terreno vedado para ti, Alex Barclay. —Gruñó el teniente de la policía de San Francisco—. Sus coartadas son perfectas, sin fisuras. Hay testigos que estaban con él en los momentos de ser cometidos cada uno de los crímenes que tú intentas cargarle; testigos diferentes en cada ocasión. Nadie iba a hacerte caso.

—Un testigo se puede comprar y papá Halfeter tiene mucho dinero. Es lógico que a golpe de fajo de billetes quiera proteger a su retoño.

—Es cierto, pero tiene derecho a protegerlo. Yo mismo he tenido que hacerle un breve interrogatorio en presencia, de tres abogados de los de más prestigio en la ciudad. Tres. —Y mostró sus dedos índice, anular y corazón para dar mayor fuerza a sus palabras.

—Debí suponerlo, pero yo pondré al descubierto a ese niño inteligente y jactancioso que presume de cometer los crímenes perfectos.

—Lo siento, Barclay, pero no podrás ponerlo al descubierto: tus vacaciones van a ser forzosas. Yo de ti, mientras tanto, buscaría empleo en otra parte.

—¿Vacaciones forzosas? —repitió sin comprender.

—Sí. Estás en libertad. El abogado Manigan ha logrado demostrar que no hay cargos contra ti, que no se te puede mantener encerrado como los de arriba pretenden, pero el fiscal general del distrito, que ha metido, las narices en el caso, ha decidido secuestrar tu licencia de detective privado preventivamente hasta nueva orden; es decir, hasta que el caso quede solucionado. Lo malo es que hay casos que tardan muchos años en resolverse.

—De modo que el viejo ha movido sus fuerzas, y como no ha conseguido meterme en la cárcel a la perpetua, ha hecho que me quiten la licencia.

—Sí. Y en vista de lo sucedido, se puede decir que has salido

bien librado. No olvides que la víctima ha sido su esposa y que esta tarde hay funeral.

—Barcley, he conseguido sacarte de aquí dentro, pero tu licencia me va a costar un poco de trabajo recuperártela —dijo con aire de preocupación el abogado Manigan.

—Está bien, está bien. No ejerceré como detective privado hasta que me devuelvan la licencia, pero en la Constitución federal se da derecho a cualquier ciudadano americano a denunciar un delito y a auto defenderse si fuera atacado. ¿Le parece eso bien. Corway?

—Lo sé, pero puedes tener más complicaciones. —Miró al abogado y le suplicó con la mirada al tiempo que pedía verbalmente—: Hágaselo ver así. De todos modos, lo mejor que le puede suceder es que lo encerremos en una celda. Pueden aparecer dos o tres sicarios como dices que te atacaron en el Paradise Oasis y esta vez no fallarán. Aparecerás flotando en las aguas de la bahía y no se le podrá imputar ningún cargo a Noah Halfeter, porque es de los que no se manchan las manos. Él tiene mucho dinero y otros pueden ensuciarse las manos por él.

—Gracias por el consejo, teniente, pero sé cuidarme.

Alex F. Barcley abandonó la estación de policía fumando un cigarrillo y con la garganta seca. Tenía un volante para ir a recoger su coche, que ya había sufrido la investigación pericial.

Sacó el «Corvette» del garaje policial, dispuesto a llevarlo al mecánico para que le cambiara el cierre del maletero y lo limpiaran totalmente, pues el portaequipajes no tardaría en oler mal por la sangre allí acumulada y cuajada, de la que se habían sacado muestras.

Al salir a la calle, vio una figura grácil, joven y bella en su naturalidad, una chica espigada que vestía pantalones tejanos y un fino jersey negro que hacía resaltar su cabellera dorada, suelta y abundante.

—Jennie.

—¿Puedo subir?

—¿No temes que sea un sátiro asesino?

—Vamos, vamos. Sólo un idiota creería que fuiste tú quien mató a Alice.

—¿Y quién supones tú que la mató?

—Lo ignoro, pero aseguran que Bobby no pudo hacerlo.

—Sí, ya sé que tiene una coartada perfecta. Jennie, acaban de secuestrarme la licencia de detective privado provisionalmente, pero no van a conseguir apartarme del caso. Es ya un asunto personal, puesto que el asesino me ha involucrado maliciosamente en sus crímenes.

—Te comprendo, pero debo advertirte que mi padre ha dicho que acabará contigo. Te acusa de que Alice fuera... Bueno, es mejor que no repita lo que papá piensa ahora de ella. Con decirte que no va a asistir al funeral.

—¿Qué te parece si tú y yo vamos al funeral?

—A lo peor estamos solos.

—Podremos hablar con más tranquilidad, salvo que temas una reprimenda de tu papá por dejarte acompañar del hombre al que ahora más odia.

—Le tengo mucho respeto a mi padre, pero creo que está equivocado, y si tú no tienes miedo en seguir adelante, yo estoy contigo.

Le abrió la portezuela del «Corvette» coupé, advirtiéndole:

—Es posible que te haga muchas preguntas respecto a tu familia.

—O.K., Alex, pero yo me reservo el derecho de responderte o callar.

—Mientras no me mientas...

—Prometido. Yo no miento.

—En ese caso, respetaré tu derecho de contestar o no. La verdad es que me interesa mucho conocer datos sobre la vida de los Halfeter. Quizá haya algo en el pasado que tenga mucho que ver con lo que está sucediendo ahora.

Jennie se dejó llevar en el «Corvette».

Alice Halfeter iba a tener un entierro muy triste; después de muerta, había caído en desgracia.

## CAPÍTULO VIII

El sepelio de Alice resultó de lo más deprimente. El mismísimo Noah S. Halfeter había dispuesto que fuera incinerada y no sepultada en el cementerio en el que él mismo ya tenía dispuesta su tumba.

Como la desgraciada Alice no podía defenderse ni reprochar la actitud del multimillonario, fue destinada al crematorio y sus cenizas serían luego arrojadas a la bahía, aunque algunos comentaban que alguien se encargaría de lanzarlas a un sumidero público.

Noah S. Halfeter la había maldecido. La forma en que hallara la muerte había sido demasiado escandalosa e insultante para el viejo, que se veía afrentado y ridiculizado públicamente, pues al denunciar Barclay directamente el hallazgo a la policía, toda California se había enterado del suceso.

Había sido comentado por radio, televisión, y los periódicos habían escrito largos editoriales al respecto, resaltando la personalidad de la mujer asesinada y la diferencia de edad entre ella y su marido.

Todo había ido muy mal para los Halfeter. Su nombre, como vulgarmente se decía, había sido arrastrado por el asfalto y en todo ello había un hombre implicado: el detective Barclay, al que se suponía amante fijo de Alice Halfeter, lo cual no era cierto, más nadie se había ocupado de esclarecer este punto, que resultaba tan atractivo para los periodistas de la «prensa amarilla».

La calle estaba vacía delante de la funeraria. Al otro lado de la calzada había un automóvil estacionado.

Dentro de él se hallaban dos hombres que vigilaban la entrada, custodiada a su vez por dos policías de uniforme.

La furia de Halfeter ya se había hecho sentir en la ciudad y en los medios de información.

Por ese motivo no había ningún periodista en la funeraria ni en sus proximidades. Si alguno se atrevía a acercarse allí, nadie iba a impedirselo, pero quedaría fichado en la lista negra de Halfeter y tendría que emigrar a otro estado y que no lindara con California, porque allí habría terminado su carrera profesional.

La amenaza flotaba en el aire. Nadie osaba encolerizar más al viejo, que había determinado que la supuesta adúltera asesinada fuera convertida en cenizas y no tuviera una tumba en la que reposar.

Alex detuvo el «Corvette» azul metalizado frente a la funeraria y él y Jennie se apearon del vehículo.

Subieron las escalinatas de la funeraria y los dos policías se encararon con ellos.

—¿Qué buscan aquí?

—¿Qué pasa, oficial? ¿No se puede entrar? —Inquirid Barclay.

—Hay una ceremonia muy particular e íntima, y si no tiene invitación no pueden entrar —advirtió uno de los agentes.

—No sabía que la funeraria contratara policías para vigilar la puerta. ¿No deberían estar ustedes persiguiendo delincuentes?

—Oiga, será mejor que coja a la chica y se larguen. Nosotros estamos aquí para evitar disturbios.

—¿Disturbios? ¿Quiere decir manifestaciones callejeras? —preguntó Alex, con sarcasmo, mirando en derredor y viendo la calle vacía.

Sólo había aquel coche con los dos hombres que vigilaban lo que sucedía sin intervenir.

—Soy Jennie Halfeter. Ella era mi madre, es decir, la esposa de mi padre —puntualizó la muchacha.

Los dos oficiales quedaron un tanto desconcertados. Se miraron entre sí y ambos se llevaron la mano a la gorra pidiendo disculpas.

—Lo ignorábamos; como va vestida...

—Voy como me parece —replicó seca, cortante como un latigazo.

Jennie se internó en la funeraria y Alex P. Barclay lo hizo junto a ella.

Dentro vieron el cadáver de Alice. Mediante un cosido habían logrado cerrarle los párpados que la muerte había dejado abiertos.

Por toda ropa le habían puesto una túnica blanca, que le cubría

hasta los pies, y reposaba en el fondo de un ataúd morado y blanco, especial para incineraciones; un ataúd que se descompondría totalmente dentro del horno crematorio. Era aparentemente lujoso, pero estaba hecho para no resistir.

Se situaron a derecha e izquierda del cadáver.

Allí no había coronas, ni una triste flor, nada. Jennie observó el rostro blanco azulado y preguntó a Alex en un susurro:

—¿Fue mala?

—Fue mujer. Creo que ahora ya tendrá quien pueda juzgarla con más conocimiento de causa que nosotros.

—¿Pero contigo...?

—No.

—Los periódicos...

—Los periódicos dicen muchas cosas que no siempre son ciertas. No digo que todos los periodistas mientan, eso no, pero en ocasiones sólo se conoce un detalle de un suceso, y como el que escribe necesita más para redactar la noticia, puede añadirles por su cuenta y cometer un desliz.

—Pero os citasteis en el Paradise Oasis Motel —le objetó Jennie en tono de reproche.

—Me citaron allí, pero yo ignoraba quién lo había hecho. Si te he de decir la verdad, creí que había sido Bobby.

—¿Bobby? ¿Por qué había él de citarte?

—Es un sujeto muy especial. Él quiere decirme a quién mata o dejar de matar. Ya sé que nadie me cree, que Bobby tiene coartadas perfectas y que para la policía es casi sagrado mientras que yo aparezco como un idiota, casi como un asesino. De no ser por el teniente Corway, que es algo más flexible, me habrían sometido al tercer grado y ahora no podría ni sorber leche con una pajita. Y lo curioso, es que no les habría podido decir más de lo que ya saben. Me han retirado la licencia de detective.

—Yo también me resisto a creer que haya sido Bobby. ¿Por qué habría de asesinar a Alice? No le hizo nunca nada, se llevaban bien.

—Es posible, pero, o está loco, o tiene un plan muy retorcido y dentro de ese plan no le importa que muera un inocente.

Su diálogo se cortó al oír carraspear una voz cerca de ellos.

Se volvieron para ver a un hombre bajito, con una cara cruzada por unas hebras de cabello muy negras y horizontales, que en vez

de ocultar su calvicie la hacían destacar más.

—¿Podemos comenzar la ceremonia?

Los dos le miraron, y fue Jennie, como único representante familiar, quien asintió con la cabeza.

—Pueden —repuso, lacónica.

Alex fue hacia un jarrón que contenía algunas flores como motivo ornamental junto a una Biblia. Tomó una de ellas de color rojo, comprobando que eran de tela, y fue hacia el ataúd. Las puso sobre el pecho de Alice.

—Que Dios sepa perdonar tus debilidades, Alice.

Alguien rezó unas oraciones.

Ni Jennie ni Alex supieron si era un reverendo o un simple empleado de la funeraria. Siguieron al ataúd, que fue colocado frente a una cortina que se descorrió.

Bajó una tapa de acero que quedó al mismo nivel de la camilla.

El hombre de la funeraria tomó un gancho que estaba al extremo de una cadena y sujetó el féretro. Luego pulsó un botón y un motor comenzó a silbar en al arte.

La cadena se fue enrollando hacia el interior del horno, llevándose consigo la caja con su carga macabra. Se cerró la tapa de acero y comenzó a sonar una música suave en el ambiente de la funeraria.

Casi al mismo tiempo, se escuchó un rumor fuerte y Alex supuso que eran los mecheros de gas que lanzaban sus llamaradas sobre el cadáver. Así pasarían los minutos hasta que Alice se redujera a cenizas.

—¿Cuándo estarán las cenizas? —preguntó Jennie al hombre de la funeraria.

—Dentro de cuatro o cinco horas.

—¿Tanto? —preguntó Jennie.

—No tarda tanto en reducirse a cenizas, pero luego hay que enfriar el horno.

—Bien. Guárdelas. Mañana pasaré a recogerlas.

—Es que tengo órdenes de...

—Cállese. Guárdelas para mí o me quejaré a mi padre —advirtió Jennie, tajante.

—Sí, señorita Halfeter, se las guardaremos. Después de todo, qué más da. Sólo que su padre había dado instrucciones de que las

entregáramos a uno de sus empleados.

—La señorita Halfeter se encargará ella misma de esparcirlas por las aguas de la bahía.

—Como digan —aceptó, servil, el dueño de la funeraria.

Abandonaron el lugar. A la salida, Alex interpeló a los policías, diciéndoles sarcástico:

—Se acabó la ceremonia. Ya no habrá disturbios. Pueden decir a sus superiores que Noah S. Halfeter estará tranquilo porque todo se ha hecho como él quería. Hasta ha comprado a dos policías...

Los agentes se miraron entre sí. Uno de ellos tuvo intención de agredir a Alex, pero el otro le contuvo. Era mejor no provocar escándalos. Precisamente estaban allí para evitar cualquier altercado que llevara de nuevo el nombre de Alice Halfeter a las páginas de los periódicos, recreando el morbo, el sadismo y la envidia de las gentes que compraban la «prensa amarilla».

Alex se dirigió al distrito de Mission llevando a Jennie con él. Ésta le pidió que detuviera el vehículo cuando acababan de rebasar uno de los pintorescos tranvías de San Francisco.

—¿Qué sucede, Jennie?

—Tomaré un taxi. Será menos violento.

—¿Temes a tu padre?

—Es mi padre, Alex. Ahora está pasando unos momentos muy malos y él te considera culpable de ellos.

No lo provoquemos más. Ya es algo viejo.

—De acuerdo.

Le abrió la puerta y ella, antes de descender del auto, le dio un fugaz beso que hizo comprender al detective que la chica le apreciaba; quizá más que eso: había comenzado a enamorarse de él.

Pero las circunstancias que provocaba el destino iban a impedir que se pudieran entender o, cuando menos, que su mutuo interés cuajara en algo sólido y verdadero.

Alex Barclay se sentía cansado. La vio alejarse mientras él encendía un cigarrillo. Después dio media vuelta a su, coche y se dirigió hacia el Golden Gate.

Cruzó el puente en dirección a su apartamento. Deseaba descansar por lo menos algunas horas mientras buscaba una solución a todo aquel problema en que le habían involucrado sin desearlo.

No encontraba la luz en aquel caso y el asesino le estaba ganando la partida.

Nadie dudaba de él, todas sus coartadas eran tan perfectas que resultaban irrefutables, indestructibles, y a menos que poseyera el don de la ubicuidad, no podía ser él el asesino; eso era lo que debía pensar el fiscal.

La policía ya estaba metida de lleno en aquel encadenamiento de crímenes y él aparecía como principal sospechoso. ¿Se habría propuesto el asesino culparle de los crímenes? ¿Tendría como meta eliminar a alguien que sí le interesase asesinar y de este modo le cargaría con el muerto?

Debía andar con pies de plomo, porque quién parecía estar moviendo los hilos de aquel teatro de guiñol era el asesino, y él aún no se había podido desprender de los hilos con los que era manejado y seguía danzando al son que le marcaban. Eso le producía una sensación harto desagradable.

Se introdujo en el *parking* del edificio donde tenía su apartamento y buscó la plaza que tenía en propiedad. Colocó hábilmente el «Corvette» entre las dos líneas blancas, hechas con pintura de cloro-caucho, que le separaban de las plazas vecinas.

Quitó la llave de contacto cuando, súbitamente, sufrió una violenta sacudida que lo lanzó hacia delante y hacia atrás.

Había tenido tiempo de oír el ronquido de un motor de automóvil, más aquello no era raro dentro del *parking* comunitario; sin embargo, aquel potente coche, con fuertes parachoques, había arremetido con toda la fuerza de que era capaz, viniendo desde una distancia corta.

Había alcanzado el «Corvette» de lleno, cogiéndole por detrás y enviándolo contra el muro de hormigón en el que se hallaba pintado un número.

El alcance y la violencia con que fuera lanzado contra la pared habían sido brutales, y pese a lo acolchado de los asientos, quedó aturdido y con ligeras heridas en el rostro.

El cristal parabrisas resistió, aunque el capó del motor se había arrugado, lo mismo que el maletero.

Se abrió entonces la puerta del «Corvette». Con la mirada turbia, sintiéndose aturdido, Barclay vio a un hombre que le miraba sonriente.

—¿Se ha hecho daño, detective Barclay?

—Patterson.

—El señor Halfeter le envía saludos y le desea un feliz encuentro con Alice. Que ustedes lo disfruten bien.

—¿Alice? Si está muerta.

—Por eso. Feliz encuentro, Barclay.

Sacando un *espray*, roció el rostro aturdido de Barclay, que había sido cazado de forma tan traidora como brutal.

Alex quiso protegerse el rostro de aquel líquido vaporizado que le escocía horriblemente, haciéndole toser, y trató de agarrarse a la puerta para salir del coche, que intuyó iba a convertirse en su ataúd.

Pero Patterson, en superioridad de condiciones tras vaciarle el *espray* narcotizante, le dio una patada en plena cara que lo tumbó en el interior del coche, quedando sobre el piso del mismo.

Patterson cerró la portezuela y casi al mismo tiempo se introdujo en el *parking* un *jeep grúa* que, con las órdenes ya aprendidas, se situó detrás del maletero del «Corvette».

Bajó el gancho de la grúa y sujetó el coupé, alzándolo por su parte posterior. Después emprendió la marcha hacia la salida, llevándose el automóvil averiado como si en la carretera hubiera participado en una colisión múltiple, pues estaba tan arrugado y retorcido por detrás como por delante.

Un «Lincoln» de gran poder siguió a la grúa que se llevaba el «Corvette»; un «Lincoln» que apenas tenía unas abolladuras en el parachoques. Un parachoques que al día siguiente sería cambiado y ya no le quedarían huellas de lo ocurrido.

Era noche cerrada.

El *jeep grúa* condujo su carga a un muelle de Sausalito.

Se situó de espaldas a una barcaza de superficie plana cuya cubierta iluminó un foco. Empujó el «Corvette Sting Ray» sobre la plataforma, lo desenganchó y el coche grúa se alejó, dando por terminado su trabajo.

Patterson y otros dos sujetos descendieron del «Lincoln» y saltaron sobre la barcaza cuando ésta ya se ponía en marcha.

Se adentraron en la bahía, alejándose de la costa. Entonces sacaron una lona negra y gruesa y la colocaron en círculo cubriendo un lado del coche. En ese momento, uno de los hombres que allí

estaban puso en marcha un soldador autógeno y comenzó a soldar una de las dos puertas del «Corvette» con el resto de la carrocería.

—Dentro de algún tiempo, el agua habrá corroído hasta la soldadura, no quedará ni rastro. Claro que es muy raro que busquen un coche tan lejos de la costa —masculló Patterson.

Tras soldar una de las puertas del «Corvette», pasaron a la segunda, cubriendo la acción del soldador con la lona para que el chisporroteo no fuera visto desde la costa.

Alex Barclay comenzó a despejarse y vio las chispas al otro lado de la ventanilla.

Hizo un sobrehumano esfuerzo mental para averiguar lo que le estaba ocurriendo. Se volvió hacia la otra puerta, quiso abrirla y no lo consiguió.

Estaba perdido, tenía que hacer algo...

Se inclinó hacia atrás y levantó parte del tapizado del coche hasta encontrar la parte inferior del tanque supletorio de gasolina. Quiso quitar la tuerca, pero no pudo, y, desesperadamente, agarró el tubo y jaló de él hasta conseguir arrancarlo.

La gasolina comenzó a vaciarse del tanque sobre el piso de la barcaza.

Barclay sabía que se estaba jugando el todo por el todo. Cubrió el tapizado, siempre protegido por la oscuridad de la noche, y situándose frente al volante, preparó la llave que estaba en el contacto.

Ignoraba si el coche respondería en el momento adecuado. Tenía que confiar en la poca, poquísima gasolina que debía de quedar dentro del bloque del motor, y lo que tenía que ocurrir, se produjo.

Una de las chispas de la soldadura prendió la gasolina del coche e, inmediatamente, se alzó una violenta llamarada en medio de la bahía. Un fuego que atrapó a cuántos estaban sobre cubierta, convirtiéndolos en ascuas vivientes.

Alex F. Barclay se vio envuelto en llamas. Tenía unos segundos, muy pocos, sólo los que le brindaba la carrocería del coche que puso en marcha.

Envuelto en fuego como la superficie de la embarcación, saltó por la borda precipitándose en las aguas.

El fuego dejó de envolver el maltratado «Corvette», pero quedó rodeado por el agua negra y fría, atrapado en aquel ataúd rodante

retorcido y chamuscado, con las puertas soldadas para que no pudiera escapar.

## CAPÍTULO IX

Del intenso calor que semejaba haberlo querido abrasar, reduciéndolo a cenizas como a la desgraciada Alice, pasó a una brutal sensación de frío.

En el coche, deteriorado por el choque y también por el punto donde él mismo, con sus manos, destrozara el conductor de la gasolina, comenzó a penetrar el agua salada de la bahía.

Todo era negro a su alrededor. Tenía que darse prisa. Si el coche se hundía demasiado, ya no saldría vivo de aquel ataúd llamado «Corvette», un ataúd con ruedas.

Tenía el problema de las puertas soldadas, y aunque reventara las ventanillas, el hueco resultaría insuficiente para el paso de su cuerpo.

Había que jugárselo todo a una carta... Buscó en la guantera y sacó de ella una pistola. Apuntando al cristal parabrisas, comenzó a disparar, puesto que los automatismos que debían descender los cristales de las ventanillas no funcionaban, ya nada funcionaba dentro del coupé.

El cristal quedó agujereado y al empuje de las aguas saltó hecho pedazos.

Aguantó la violencia del agua y los cristales contra su cuerpo. Después, aferrándose cómo pudo por encima del volante, se precipitó contra el empuje del agua que, como si fuera algo vivo, trataba de impedir que él escapara del coche.

Pero la fuerza, la vitalidad, el deseo de sobrevivir de Alex Barclay, le hicieron salir del coche mientras éste se hundía rápidamente, tratando de llevárselo consigo al fondo de la bahía.

Barclay nadó vigorosamente donde sabía que había tiburones, esperando que el fuego que había sobre las aguas les hubiera hecho huir de aquel lugar.

Cuando llegó a la superficie, respiró hondo. Dentro de su tórax,

todo semejaba ir a estallar.

Flotando en el agua, se descalzó. Volviéndose sobre sí mismo, divisó la barcaza envuelta en llamas. En torno a la misma no se veía nada vivo.

El «Corvette» debía de haber soltado mucha gasolina antes de que una de las chispas de la soldadura inflamase el carburante.

Se disponía a quitarse la chaqueta, el agua le había despejado del todo, cuando vio acercarse una lancha rápida de la policía, haciendo girar sus luces intermitentes al tiempo que lanzaba al aire una sirena y barría el agua con un potente foco, buscando supervivientes.

—¡Eh, auxilio, auxilio, estoy aquí! —gritó Barclay.

El potente haz de lúá le dio de lleno, cegándole. Tuvo que cerrar los ojos, pero no protestó. La situación le favorecía. La lancha de la policía se le acercó y le echaron unas sogas, a las que se asió.

Fue izado a bordo de la lancha cuando ya la barcaza incendiada se hundía en las aguas de la bahía.

—¿Cómo se encuentra?

—Uf. Creí que no salía vivo —suspiró.

—¿Cuántos eran a bordo de la barca incendiada?

—Lo ignoro. Cuatro o cinco —respondió al teniente de la policía.

—¿No lo sabe? ¿Qué hacía en esa barcaza?

—Tenía el coche algo estropeado. Me han dado unos golpes en un aparcamiento y lo llevaba a Oakland —dijo Barclay, pensando que iba a ser muy difícil explicar realmente lo ocurrido.

—¿Y lo llevaban a Oakland en barcaza? ¿No hubiera sido más lógico hacerlo por el puente?

—Es que el tanque perdía gasolina, y como no sabíamos dónde vaciarla, han pensado en la barcaza.

—Todo esto es muy raro, señor...

—Barclay, Alex F. Barclay.

—¿El detective privado que anda metido en líos? —preguntó el teniente, frunciendo el entrecejo.

—Sí, eso parece.

—Le advierto que lo que ha sucedido aquí puede traerle aún más líos. Tendrá que explicárselo al juez.

—Está bien. Responderé a lo que me pregunten. Sólo puedo

decir que mi coche está en el fondo de la bahía y que el incendio ha debido ser fortuito.

—¿Cómo es que se ha salvado usted y no los demás?

—Yo estaba centro del coche y he caído al agua con él.

—Tendrá que contárselo al juez —insistió el policía, escéptico.

—Descuide. Le contaré al juez lo que quiera, pero denme algo seco. Un baño a estas horas y yendo vestido no es agradable.

Alex F. Barclay pasó dos horas en la estación de policía del control de la bahía. Allí hizo su declaración sin acusar a nadie.

Tras recordar que en Oakland había un servicio para los automóviles «Corvette», dijo que lo llevaban allí por vía marítima por considerar peligroso su traslado, aunque le objetaron que se podía haber vaciado el depósito.

—Es posible, pero así ha sido. La verdad es que intentaban arreglarlo sobre la marcha y se ha incendiado.

—¿Dónde chocó?

—En el *parking* —respondió al interrogador.

—Lo comprobaremos.

—Como ustedes quieran.

Poco más tarde, tomaba un taxi y se dirigía a su apartamento.

Allí se bañó con agua caliente, se puso ropa limpia y tomó otro taxi para ir al Douglas Playground, frente a cuyo parque de juegos se ubicaba la mansión de Halfeter.

Cuando el informe de todo lo sucedido pasara a la superioridad de la policía, le volverían a llamar, estaba seguro.

Habían desaparecido varios hombres en el agua de la bahía y, posiblemente, por la influencia de Halfeter, tratarían de cargarle los muertos a él.

Tenía que hablar con Halfeter cara a cara, pero sabía que si llamaba a la puerta le saldrían los dos vigilantes con el gran perro y no podría pasar. Debía hallar alguna forma para introducirse en la mansión, aun a sabiendas de que podrían acusarle de allanamiento de morada.

Sin embargo, Halfeter no tenía las manos limpias y no provocaría más escándalos, puesto que ante una Corte, Alex podía hablar mucho y en forma que habría de perjudicarle sobremanera. Era la baza que Alex guardaba en su manga.

Era de madrugada y todo estaba silencioso.

Si un patrullero de la policía le avistaba, le tomaría por un ladrón nocturno y le darían el alto.

Las calles estaban tranquilas, sólo de vez en cuando pasaba algún automóvil barriendo el asfalto con sus faros.

La mansión semejaba inexpugnable. Alex supuso que incluso tendría barrera eléctrica de alta tensión, pero tenía que encontrar alguna forma para entrar en aquel recinto cerrado y se le ocurrió que podía conseguirlo penetrando primero en la mansión vecina, que parecía más tranquila.

Saltó la verja de aquella casa como si fuera un ladrón furtivo.

Se metió en su jardín y anduvo junto a las altas tuyas que lindaban con la mansión Halfeter.

Avanzó unos setenta pasos y buscó la forma de encaramarse por las añosas y recias tuyas. Logró llegar a lo alto del muro que ocultaban con su oscuro verdor y descubrió el alambre eléctrico.

Como un equilibrista, se situó sobre la pared, quedando sus piernas muy cerca de aquel cable que podía electrocutarlo.

Con los pies juntos, saltó, cayendo en una zona verde, por lo que no hizo ruido; sin embargo, quedó en cuclillas, aguardando.

El maldito perro, con sus bestiales fauces, podía aparecer en cualquier momento, y él iba completamente desarmado. Por no llevar, ni un abrelatas llevaba consigo.

Estaba desarmado conscientemente por si era descubierto y atrapado o simplemente denunciado por el viejo multimillonario. Si no portaba nada capaz de ser utilizado como arma, de imponérsele una condena, ésta siempre sería mínima y él, que conocía bien las leyes, había pensado que merecía la pena tener en cuenta ese detalle por si las moscas.

Como era lógico, en el jardín no pudo ver a nadie.

Las ventanas bajas estaban cerradas, pero descubrió una alta abierta y comenzó a trepar cogiéndose a los salientes y a una añosa hiedra que se había adherido al muro.

De este modo, logró llegar a la ventana y se introdujo en la alcoba.

Notó una respiración profunda. Miró hacia el lecho y descubrió a la juvenil y flexible Jennie.

Estaba completamente inmersa en el sueño. Alex vio en la mesita de noche un frasco de somníferos y un vaso de agua medio

vacío.

Sufrió un sobresalto. Tomó el frasco, lo sacudió y comprobó que dentro del mismo aún había muchas píldoras.

Supuso que, debido a la tensión emocional que estaba viviendo, Jennie había tomado sólo lo justo para dormir, sin intentar cometer ninguna tontería.

Sintió el deseo de acariciar el cabello, el rostro, la figura de la joven, más se contuvo. No se estaba jugando la libertad por aquel motivo.

Despacio, caminando sobre el suelo enmoquetado, salió de la lujosa alcoba de Jennie quedando en un pasillo con una baranda metálica recargada desde la que se dominaba el salón.

Descubrió a un criado que salía, con una bandeja de una de las puertas y dedujo que abajo estaría Bobby o bien su padre. Decidió ir a lo que saliera. Con cualquiera de los dos tenía que verse las caras.

Descendió con sigilo, su situación era hartó delicada y difícil.

Aquélla era una noche de dura prueba para Barclay. Estaba fatigado, notaba los pequeños rasguños en su rostro.

Había estado al borde de la muerte y logrado escapar al ataúd con ruedas, pero la noche no había terminado y tenía mucho que resolver. El problema es que se produjese alguna otra muerte antes de que pudiera impedirla.

Iban ya tres y el asesino le había hablado de cinco, aunque una de ellas, según su confesión, no sería llevada a cabo por sus propias manos. ¿Cómo se las arreglaría Bobby para asesinar y no dejar rastros? Terminaría averiguándolo, estaba seguro.

Sin que nadie le descubriera, consiguió llegar ante la puerta de la que escapaba luz, la puerta de la que había salido un criado con una bandeja.

Puso la mano en el pomo y lo hizo girar con suavidad. Estaba bien engrasado y cedió. Poco después, abrió la puerta y se enfrentaba a un amplio y lujoso despacho, algo recargado, en nada parecido a un estilo moderno funcional.

La mesa escritorio se hallaba iluminada por una lámpara que despedía una luz azulada. Al otro lado de la misma, un hombre viejo, con aire cansado, alzó su rostro. Torció el gesto inmediatamente al descubrir al intruso.

—¡Barclay!

—Buenas noches, Halfeter. Le aconsejo que no llame a sus matones. Yo, de usted, no pulsaría ningún timbre de alarma —dijo cerrando la puerta tras de sí pero sin avanzar todavía, como el que se aproxima hacia un perro peligroso que gruñe y quiere hacerlo despatio antes de que el animal comience a lanzar dentelladas.

—¿Me está amenazando?

—En absoluto. Voy completamente desarmado, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Cómo ha entrado? No me han avisado de su llegada.

—Todas las fortalezas tienen algún punto débil.

—¿Ha entrado furtivamente?

—Si quiere acusarme de allanamiento de morada, piénseselo primero, porque ante una Corte puedo vomitar muchas cosas y las salpicaduras le molestarían bastante.

No estoy acostumbrado a que me amenacen y no soporto a los chantajistas.

—Ni yo a los tipos como usted. —Gruñó avanzando hacia la mesa escritorio, ya más seguro de que el viejo no iba a dar la alarma para que aparecieran sus matones—. ¿Cree que porque posee millones tiene el poder y la justicia en sus manos? No, Halfeter, me cae usted mal, como plomo en el estómago.

Noah Halfeter se retrepó en la silla y sonrió con sarcasmo.

—¿Y para decirme eso se ha arriesgado tanto? Podía haberle disparado alguno de mis vigilantes o atacado el perro y no sé que sería peor, un balazo o que le cazara el gran danés con sus colmillos.

—Se extrañará de que esté aquí con vida. No sé si ya le habrán notificado por teléfono que su orden de asesinato ha resultado fallida. Ya ve, estoy vivo.

—Yo no he dado ninguna orden para que lo mataran —replicó con dureza, pero sin ira.

—Vamos, ¿no se sorprende de que esté aquí vivo? ¿Por qué no me pregunta por Patterson?

—¿Patterson? No sé de qué me habla. Tendré que llamar a la policía para que venga a hacerse cargo de usted.

—Comprendo que le sentara como una patada el que su esposa fuera encontrada en el maletero de mi coche en las condiciones en que fue hallada, pero eso no es culpa mía. Me han incautado la

licencia de detective privado, pero a usted eso no le basta y ha pensado que yo descansaría mejor en el fondo de la bahía, dentro de un ataúd de acero con ruedas, es decir, en el interior de mi «Corvette» con las puertas soldadas para que no pudiera escapar y eso, en medio de la bahía, donde ya no me sacarían nunca, porque una cosa es que un automóvil caiga en un acantilado o se meta en el agua de la plaza, pero otra muy distinta que sea sumergido en medio de la bahía.

—Sigo sin saber de qué me habla. Es muy tarde, le ofrezco todavía la oportunidad de que se largue de esta casa sin problemas, verá que soy magnánimo.

—Muy magnánimo —repitió mordaz—, pero usted decidió hacerme desaparecer. Por cierto, acabo de venir de la estación de policía.

—¿Qué trata de insinuar?

—Vamos, vamos, Halfeter, no es preciso que le dé detalles de lo ocurrido, de cómo convirtieron mi coche en chatarra, de cómo lo colocaron encima de una barcaza conmigo dentro y le soldaron las puertas. Imagino que usted tendrá ganas de rascarse la cabeza en cómo he logrado escapar.

—Después de todo lo que me ha contado, la verdad es que siento curiosidad por saber si es usted Supermán o un hijo de Satanás.

—Quizá mitad y mitad, yo mismo no lo sé muy bien. Sólo le puedo decir que a Patterson no lo verá más vivo. Puede que lo rescaten cadáver de las aguas o que algún tiburón se lo haya tomado como resopón, lo mismo que a los otros. El caso es que yo me salvé. Rompí el cristal parabrisas de mi coche y escapé del ataúd rodante que estaba envuelto en llamas. La policía está muy interesada en conocer los detalles de lo ocurrido.

—¿Y qué les ha contado?

—Una historia de Bugs Bunny, pero, por lo visto, el conejo de la suerte no les hace demasiada gracia, lo tienen muy visto en la «tele» y no han terminado de creérsela, seguirán investigando. Puede que lleguen hasta usted.

—Yo tengo muchos amigos.

—Lo sé, pero quien tiene muchos amigos suele tener también muchos enemigos. Por cierto, mi coche era caro, muy caro. Veré de solucionar el pleito con la compañía de seguros, pero si no me lo

pagan, se lo voy cobrar a usted, por las buenas o denunciándole a los tribunales, claro que no sólo irá la acusación de haber enviado mi coche al fondo de la bahía, sino de intento de asesinato.

Noah Halfeter debió intuir que se le acumulaban los problemas. Se levantó, dio la espalda a Alex y abrió su caja de caudales, sacando un fajo de billetes.

—¿Cuánto necesita para reponer su coche?

—Cincuenta de los grandes no es demasiado.

—Un poco caro, pero zanjemos esta cuestión.

Contó los billetes y los entregó al detective, quien los movió delante de sus ojos y se los guardó en el bolsillo.

—Ahora, hágame una nota conforme me entrega este dinero por mi coche.

—Eso sería comprometerme.

—También estoy yo en peligro. Si me atrapan con este dinero encima, usted puede acusarme de que le he robado, claro que puedo extenderle un recibo duplicado conforme me ha pagado esa cantidad por haber investigado a su esposa. Incluso, eso salvaría en parte su sentido del honor mancillado.

—Bien, usted gana.

Alex hizo un recibo manuscrito. Halfeter lo firmó por duplicado y cuando Alex ya se lo guardaba, se abrió la puerta y apareció la figura de un hombre.

—Bobby, ¿qué haces levantado? —preguntó el viejo, perplejo.

—Hola, creí que estabas solo. Veo que puedo matar a dos pájaros de un solo tiro...

Alex comprendió que ya no estaba ante el Bobby modoso, sino ante el asesino, el que se reía con facilidad.

Algo en su rostro era distinto, algo le desconcertó, más no pudo fijarse bien porque Bobby tenía en su mano una pistola con silenciador.

—Bobby, ¿qué significa esa pistola? —inquirió su padre levantándose al otro lado de la mesa.

—Buen viaje, papá.

Sin más y riéndose ligeramente, Bobby apretó por dos veces el gatillo de su pistola.

Sonaron sendos taponazos que no turbaron el silencio nocturno.

Halfeter cayó hacia atrás, encajándose su cuerpo en la mullida

butaca de cuero. Alex trató de saltar sobre Bobby, pero éste tornó a jalar el gatillo y el detective sintió el impacto de bala en su cuerpo.

La vista se le nubló, y luego, algo duro, muy duro, golpeó su cráneo. No notó siquiera la caída que se dio contra el suelo alfombrado. Ya no pudo oír aquella risa de demente que se esparció por el despacho, la risa del asesino que una vez más se había salido con la suya.

## CAPÍTULO X

Cuando Alex P. Barclay abrió los ojos, vio ante él el rostro de Jennie. La miró y se preguntó en voz alta:

—¿He tenido la suerte de ir al cielo?

—No, detective Barclay.

—En el infierno no es posible, tú no mereces estar con el diablo. Jennie le pasó la mano por la frente y dijo sonriente:

—Estás en la vida. La verdad es que te has pasado cuatro días enteros inconsciente.

—¿Cuatro días? —se sorprendió.

—Sí. Kan tenido que sacarte una bala que tenía alojada debajo de la clavícula derecha, pero lo peor ha sido una conmoción muy fuerte y temían fractura de cráneo, pero la verdad es que tu organismo ha resistido bien y aunque te han alimentado con el gota a gota, has podido salir adelante.

—Pues estaré hecho un gusano.

Trató de levantarse de la cama, pero Jennie lo empujó hacia atrás, volviéndolo a acostar. Entonces, se fijó en que la muchacha vestía de negro.

—Tu padre murió, ¿verdad?

—Por desgracia, sí. Ha sido todo muy horrible. Nos empeñamos en no darte crédito y ha resultado que tenías toda la razón.

—¿Y Bobby?

—Está bien custodiado y sometido a investigación psiquiátrica forense, no parecía que estuviera loco.

Y se echó a llorar, volviendo el rostro para que no la viera Alex. Éste le acarició el abundante cabello rubio que tanto le gustaba.

—Todo ha sido muy desagradable, apareció en la habitación y disparó. Dijo que mataría a cinco, pero, por lo visto, el quinto, que soy yo, se ha salvado, aunque no lo veo claro.

—¿Por qué?

—Dijo que a uno no lo mataría él. ¿Quién es ese que no pensaba eliminar él, de qué víctima hablaba y si no era él, quién tenía que ser el asesino?

—No lo sé. La policía, al encontrarte a ti herido y a mi padre muerto, sospechó de ti, pero luego hallaron la pistola y comprobaron que estaban las huellas dactilares de Bobby y era su pistola. Lo curioso es que lo encontraron durmiendo en su cama, sin enterarse de lo que había hecho. Estaba terriblemente sorprendido. Lo ha negado todo gritando, pero un criado le vio entrar en el despacho, cuando él aseguraba estar durmiendo.

—Un caso de doble personalidad, dirán los psiquiatras.

—Sí, eso es lo que he oído. No se le puede hacer responsable jurídicamente, pero será internado en un sanatorio psiquiátrico penitenciario.

—Sin embargo, en todo esto siguen habiendo cabos que no me gusta como quedan atados. ¿Se ha leído ya el testamento?

—Sí.

—¿Y quién hereda?

—La verdad es que estando mi hermano incapacitado por su locura, la mayor parte de la herencia me corresponde a mí, aunque deberé cuidar de él por el resto de su vida.

—¿No hay nada más en ese testamento?

—¿Por qué tanta insistencia?

—Responde.

—Bueno, hay un paquete de bonos convertibles y acciones de varias compañías negociables en Bolsa. Ya sabes que mi padre estaba metido en muchos líos financieros.

—¿Cuánto debe de sumar todo eso?

—No sé, un millón, quizá dos.

—Eso es una fortuna.

—No para quién era multimillonario como mi padre.

—¿Quién se lo lleva?

—Te parecerá absurdo, pero una antigua novia suya.

—¿Una novia suya, y le deja todo ese paquete de bonos y acciones por más de un millón de dólares?

—Por lo visto la apreciaba mucho. Es una mujer ya madura que está en un hospital, en reposo, una enfermedad crónica. Creo que es una osteoartritis incurable.

—¿Y está en un hospital de San Francisco?

—Sí.

—Pues anda, saca mi ropa del armario, vamos a visitarla. Tengo un presentimiento.

Alex se incorporó en la cama y Jennie se asustó, tratando de contenerle.

—Quieto, Alex, ¿estás loco? Estás convaleciente.

—Eso ya me lo has dicho y si no puedo hacer locuras ahora, no voy a esperar a ser viejo para cometerlas. Dame la ropa o me voy en pijama.

—Llamaré a un doctor para que te diga...

La agarró por el brazo, mirándola directamente a los ojos para decirle:

—Tengo una sospecha y tú debes de ayudarme porque yo estoy tratando de ayudar a Bobby.

—¿A Bobby? Si está encerrado...

—Por eso mismo. Puedo equivocarme, pero me da la impresión de que es víctima de una trampa.

Jennie, a regañadientes y desconcertada, pues Alex no quiso darle más explicaciones, le ayudó a salir del hospital sin llamar la atención, dejando una nota de que ya volvería el paciente, una nota que no iba a gustar demasiado a los médicos y enfermeras que notaran su ausencia.

En un taxi se trasladaron a la clínica reumatológica. Jennie pidió al conductor:

—Evite los baches y se ganará una propina.

—¿Se encuentra mal? —preguntó el taxista viendo a Alex pálido.

—Algo mareadillo y no es por beber, hace cuatro días que no como y debo de tener un cosido en el pecho. ¿Qué le parece?

—Pues que evitaremos los baches y sin el acicate de ir, propina.

Como el lugar a donde se dirigían era una clínica, al taxista no le pareció nada sospechoso.

En conserjería preguntaron por:

—¿La señora Danielson?

La enfermera de conserjería consultó un libro y dijo:

—Ha sido cambiada de habitación.

—A otra de más precio, ¿verdad? —preguntó Alex sarcástico.

—Así es, señor. Por lo visto, las cosas le van mucho mejor a su hijo. Fíjense en las flores que ha hecho traer a su madre. —Y señaló cinco cestas llenas de flores rojas.

—Cinco cestas, cinco cadáveres —comentó Alex en voz baja.

—Alex, ¿qué quieres decir? —preguntó Jennie.

—Por favor, señorita, díganos la habitación. A la señora Danielson le va a alegrar nuestra visita, la verdad es que estoy algo mareado.

Jennie pidió:

—Por favor, una silla con ruedas. Hace poco que ha sido operado y acabamos de salir del hospital.

La enfermera pulsó un timbre y al poco se presentó un enfermero con una silla de ruedas. Alex, que se sentía desfallecer, se acomodó en ella y el enfermero, a instancias de la enfermera de conserjería y acompañado de Jennie, se dirigió a la lujosa habitación de la señora Danielson.

Entraron en la estancia. La mujer postrada en cama les observó interrogante.

—Señora Danielson, soy Jennie, la hija de Noah S. Halfeter.

—Jennie, ya te conozco, te he visto en los periódicos. Sentí no poder ir al entierro de tu padre, pero hace tiempo que estoy en este hospital, tengo las rodillas anquilosadas. Dicen que me las van a cortar las dos y me van a colocar unas rodillas de acero y plástico. En fin, no sé, creo que será aburrido para una joven como tú escuchar mis enfermedades, máxime siendo la primera vez que nos vemos.

Alex hizo un esfuerzo y se acercó a la mesita de noche. Allí había un portarretratos doble. Una de las fotografías era de Noah Halfeter y en la otra aparecía un joven desconocido.

Alex, tomando el portarretratos, lo observó.

—Éste es su hijo, ¿verdad, señora Danielson?

—Sí, es Michael —respondió ella.

—Usted fue novia de Noah Halfeter, tuvieron relaciones íntimas y el fruto de ellas es Michael.

—No quiero hablar de eso —objetó la mujer.

Jennie miró interrogante a Alex, que trataba de hallar la verdad a través de lo que había intuido.

—Cuando Noah se separó de usted sabía que iba a tener un hijo,

lo sabía, pero no quiso casarse con una mujer que no era nada en el mundo social en el que él se desenvolvía. La dejó para casarse con otra; no obstante, se sentía culpable.

—No me pasó nunca ninguna pensión.

—Sí, no quería que se supiera nada de lo ocurrido con usted, pero para que usted callara debió de prometerle que le dejaría una buena herencia.

—Yo no quería ninguna herencia.

—Es posible, pero debió de aceptarla porque él le hizo pensar que podría disfrutarla Michael.

—Está bien, es verdad. Tras separarme de Noah, Michael ha sido toda mi vida.

—Toda su vida, un hijo de cabello negro. ¿Se ha dado cuenta de que ha sacado muchos rasgos de su padre, salvando la distancia de la edad?

—Sí, algo se parecen.

—Mucho —opinó Jennie mirando la foto—. Tanto que se parece también a Bobby.

En aquel momento llamaron a la puerta y un enfermero entró cargado con las cestas de flores rojas.

Tras las flores apareció un joven sonriente, que enfrió su sonrisa al ver a Alex frente a él y al lado de la cama de su madre.

—Michael, ha venido la hija de Noah Halfeter —explicó su madre.

—Michael, te has olvidado de oscurecer de nuevo tu cabello, aún lo llevas rubio-rojizo. —Le observó Alex.

—No sé de qué me habla.

—Michael, cuando me disparaste, cuando mataste a tu padre, porque era tu padre aunque lo odiases, intuí que tú no eras Bobby. No lo vi claro, pero Bobby usa gafas y tiene una pronunciada marca sobre el puente de la nariz que tú no tienes. La verdad es que os parecéis mucho. Tiñéndote el pelo y buscando lugares con poca luz has conseguido engañarme. Cinco cestas de flores, cinco cadáveres... Me desafiaste a ver cuál de los cinco era el que tú no habías matado con tus propias manos. El quinto es Bobby, al que has dejado en manos de la justicia cargado de pruebas acusatorias. Me has utilizado para ir acumulando pruebas contra él, suplantándole. Con razón Bobby tenía coartadas para todo,

simplemente porque era inocente y tú asesinabas con un juego maquiavélico para hacerlo pasar por un loco asesino. No te interesaba matarme a mí, yo serviría de testigo contra Bobby, por eso me dejaste vivo en el despacho de tu principal víctima, Noah Halfeter, contra el que habías acumulado odio desde que supiste que eras su hijo y que no había querido reconocerte. Debías de saber lo del testamento y planeaste tu venganza, de este modo salíais de problemas económicos.

—Pero, señor, ¿qué dice de mi hijo? ¡Está loco! ¡Michael, dile que no es cierto! —exclamó la enferma.

—No puedo negarlo, mamá, es cierto. Estudié el comportamiento del imbécil de Bobby, decoloré mi cabello y me hice pasar por él. Así pude entrar en la casa sin despertar sospechas. Hice copia de las llaves y todo fue fácil para mí. Yo odiaba a Halfeter. Él te había abandonado conmigo en tu vientre, era un cerdo, mamá, un cerdo. Este detective lo ha descubierto todo cuando creí que mi juego era perfecto, no lo suponía tan listo.

—Nunca hay un crimen perfecto, Michael, estás descubierto. Bobby será puesto en libertad y tú ocuparás su lugar. Estás loco, Michael, de lo contrario no habrías planeado todo el juego de las cinco muertes para terminar asesinando a tu padre.

—¿Loco? —Soltó una larga e histérica carcajada—. Pues tú no me verás encerrado, no me verás...

Se lanzó al cuello de Alex para estrangularlo mientras Jennie y la señora Danielson empezaban a gritar.

Alex soportó la embestida pese al intenso dolor de su herida y al desfallecimiento que sentía. Sabía cómo defenderse ante una mente ofuscada y los cantos de sus manos, al unísono, golpearon el cuello de Michael a derecha e izquierda.

Éste abrió mucho los ojos y luego los cerró, cayendo hacia atrás inconsciente.

—¡Ha matado a Michael, ha matado a Michael!, —gritó la señora Danielson cuando ya acudían dos fornidos enfermeros.

—No, señora Danielson, sólo está inconsciente. Jennie, avisa a la policía, que venga el teniente Corway, él se hará cargo de Michael y Bobby será puesto en libertad, ya que es inocente de todo. Ha sido su hermanastro natural el causante de todos los crímenes. —Miró a los enfermeros y les dijo desde su silla—: Que le inyecten un

narcótico hasta que venga la policía. Les advierto que es un psicópata homicida muy peligroso, ya ha matado a cuatro personas.

Jennie se abrazó a Alex y le dijo llorando:

—Alex, Alex, si no hubiera sido por ti...

—Tranquila, tranquila, te advierto que luego paso la minuta por mi trabajo.

—¿La minuta?

—Sí, y en tu caso va a ser muy elevada. ¿Qué te parece si ahora que tu hermano va a heredar también, tú y yo nos casamos?

—¡Alex!

Y lo besó en los labios empapándole el rostro con sus lágrimas mientras un médico que había sido puesto en antecedentes de lo que ocurría inyectaba un narcótico al asesino mientras la señora Danielson, pálida, se quedaba como anonadada en su lecho, incapaz de decir nada.

El portarretratos estaba en el suelo y cinco cestas de flores rojas teñían de rojo sangre su lujosa habitación.

FIN



**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**

en sus series  
**CENTAURO y**  
**OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de  
**M. L. ESTEFANIA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
**ASEGURE LA RESERVA**  
**DE SU EJEMPLAR**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.**



## NOTAS

[1] En EE.UU., el galón, equivale a 3,785 litros; por consiguiente, 30 galones son 113 litros. < <